



PONTIFICIA
**UNIVERSIDAD
CATÓLICA**
DEL PERÚ

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

“TODO CUESTA CARO”: FIGURACIONES DEL RACISMO EN LA NARRATIVA DE
JULIO RAMÓN RIBEYRO

Tesis para optar el título de Licenciada en Lingüística y Literatura con mención en
Literatura Hispánica

que presenta la

Bachiller:

NAE HANASHIRO ÁVILA

ASESOR: VÍCTOR VICH

LIMA, NOVIEMBRE 2011

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| Introducción..... | 3 |
| Primer parte: “La piel de un indio no cuesta caro”..... | 9 |
| Segunda parte: “De color modesto”..... | 32 |
| Tercera parte: “Alienación”..... | 51 |
| Conclusiones..... | 67 |
| Bibliografía..... | 72 |

Introducción

La obra de Julio Ramón Ribeyro es conocida por esbozar un retrato de la ciudad de Lima a mediados del siglo XX. De este modo, su narrativa se presenta como un testimonio del crecimiento de la capital. Como señala Peter Elmore,

En las historias que fabula Ribeyro no aparece de modo manifiesto la experiencia de los migrantes andinos en la urbe, pero el fenómeno de la llegada masiva a Lima de una población en su mayoría proveniente de la Sierra tuvo, sin duda, el efecto de poner en crisis la imagen misma de la ciudad... El grueso de los recién llegados lo constituían mestizos e indios a los cuales la crisis del régimen latifundista, la baja productividad de la tierra y la falta de oportunidades propia del semifeudalismo andino expulsaban de sus lugares de origen. (2002: 19)

Durante ese período, el flujo de migraciones, junto a la modernización de Lima, llevó al crecimiento desordenado de la ciudad. Este será el trasfondo contextual de los cuentos de Ribeyro, en los que nos vemos ante el proceso de transformación de la capital, que se estructurará como un centro de ebullición en el que las distintas clases sociales se verán enfrentadas unas con otras. Este será el punto de partida sobre el cual la obra de Ribeyro dejará entrever la forma en que se gestan las relaciones sociales al interior de la capital. El resultado de esta representación es el retrato de una sociedad en la que las relaciones entre los ciudadanos se establecen de manera jerárquica, develando la persistencia de una herencia colonial que ha sobrevivido a la emergencia de nuevos discursos – discursos que podrían denominarse liberales o democráticos –. Es desde esta perspectiva que estudiaré a Ribeyro.

En esta tesis, abordaré el estudio de esta problemática a partir de tres cuentos de este autor: “De color modesto”, “La piel de un indio no cuesta caro” y “Alienación”. Parto del postulado de que estos relatos ponen en primer plano el problema de las razas y el racismo en el Perú. Quiero demostrar que, en ellos, los personajes performan una identidad social fundada en la raza, que los llevará a reproducir jerarquías propias del discurso colonial. De este modo, la raza, entendida como una categoría fija y esencial, se presenta como un

elemento clave sobre el cual se erigirá el ejercicio de poder. Mi hipótesis plantea que las relaciones que establecen los personajes de cada cuento son una representación de los conflictos y antagonismos sociales de esta nación, que surgen como consecuencia de la herencia colonial. En el marco de estas relaciones, el racismo termina imponiéndose para revelar la imposibilidad de una comunidad de iguales y de una mayor movilidad social en el Perú contemporáneo.

En cada capítulo, analizaré un cuento y, de esta manera, se observará cómo la raza fundamenta y sostiene las relaciones de poder entre los personajes. No obstante, el punto a resaltar es que ello se hará de maneras distintas, debido a que el racismo ha alcanzado diversas manifestaciones con el paso del tiempo y el surgimiento del discurso democrático. Finalmente, en las conclusiones, haré una sistematización de aquellos elementos presentes en los tres cuentos y cómo esto demuestra mi hipótesis.

El marco teórico que he utilizado se divide en dos ramas. Por un lado, se encuentran los textos de crítica postcolonial y los estudios subalternos. Por otro lado, me baso en diversos estudios que se enmarcan en el debate sobre el racismo en el Perú. A continuación, presentaré los conceptos claves y autores más importantes para el desarrollo de mi tesis.

El primero es el concepto de “herencia colonial”. Este término fue el que le dio nombre al primer capítulo del libro *Clases, Estado y nación*, de Julio Cotler. En él, el autor explica de qué manera se han estructurado las relaciones sociales a partir de la historia colonial. De esta manera, expone los diversos fenómenos que han llevado a la construcción y fijación de jerarquías sociales que establecen la superioridad del blanco en relación a las demás razas. Desde esa perspectiva, la herencia colonial alude a aquel rezago de la Colonia que no ha sido superado y que, a través de su permanencia, ha establecido relaciones desiguales al interior de la sociedad. De este modo, se explicarían diversos fenómenos sociales que han determinado el desarrollo de la nación. Cotler encontrará en la herencia colonial como la explicación a dos problemáticas que caracterizan a la sociedad peruana actualmente: por un lado, la fragmentación de intereses sociales que imposibilitan la creación de una identidad nacional común y, por otro lado, la ausencia de una clase dirigente capaz de consolidar un

proyecto nacional igualitario e inclusivo. En relación a este último punto, Cotler resalta que el núcleo del problema se centra en la falta de integración de los dominados. Este será uno de los factores más significativos, puesto que es el que mantienen las fisuras al interior de la sociedad, de manera que impide que esta pueda constituirse como una entidad en la que los ciudadanos tienen intereses comunes. A través del recuento histórico realizado por Cotler, se resalta que ha sido la divergencia entre los intereses de las clases criollas y la población indígena la que ha trabado el desarrollo de la nación. En ese sentido, la “herencia colonial” se constituye como una categoría de análisis a partir de la cual se ha podido observar que la inestabilidad política y la ausencia de hegemonía de una clase en el Perú son las consecuencias de mecanismos de poder que se establecieron durante el período colonial y que no fueron eliminados pese al paso del tiempo.

Llegado a este punto, es preciso hacer una anotación. Con la referencia al término “colonial”, aludo a un discurso jerarquizante, que expone un afán por clasificar a los sujetos y determinar su posición al interior de la escala social. En esa medida, lo colonial no se utiliza como una categoría histórica y no refiere a una práctica que reproduzca el pasado. En otras palabras, no se remite a un origen colonial, sino a un patrón de poder específico. A través de esta categoría, busco observar la forma en que determinados discursos racistas han configurado las relaciones sociales y cómo han logrado resemantizarse a lo largo del tiempo para seguir rigiendo dichas relaciones. Un ejemplo de cómo dicho patrón de poder logró mantenerse, pese al paso del tiempo y los cambios de paradigmas, es el caso del surgimiento de la democracia en el siglo XVIII. Con la declaración de la Independencia y la elaboración de un discurso democrático que se convierte en la ideología oficial de la sociedad moderna, se proclama el estatuto de relaciones igualitarias entre los ciudadanos de la nación. No obstante, la instalación de un sistema democrático no implicó la desaparición del racismo. Lo que sucede, en cambio, es un fenómeno bastante complejo: racismo y democracia se combinan en las sociedades e incluso en las mismas personas (Taller 1998: 73-74). Si bien el discurso democrático pasó a instituirse como un discurso público, ello no llevó a la eliminación del racismo. Más bien, ocurrió un desplazamiento, a partir del cual el racismo pasó al ámbito privado.

La coexistencia de estos dos discursos contrapuestos devela la persistencia de la herencia colonial, que, en ese sentido, se constituye como aquel rezago propio del periodo colonial que alimenta las relaciones de poder y, de este modo, soporta la estructuración jerárquica al interior de una sociedad en la que se busca la clasificación de los individuos en estamentos fijos e inamovibles.

Flores Galindo presenta una visión de la estructuración de la sociedad acorde con la de Cotler. Este historiador resalta que las diversas revoluciones en la historia del Perú no han modificado el entramado de relaciones – relaciones claramente jerarquizadas en las que el racismo se establece como un elemento natural –. Llegado a este punto, surge otro concepto clave para el marco de esta tesis: el racismo.

Para empezar, se debe resaltar que “Por racismo entendemos algo más que el menosprecio y la marginación: entendemos un discurso ideológico que fundamenta la dominación social teniendo como uno de sus ejes la supuesta existencia de las razas y la relación jerárquica entre ellas” (Flores Galindo 1994: 260). De este modo, el énfasis se encuentra en que se trata de formaciones en parte conscientes en parte inconscientes, que contribuyen a estructurar los comportamientos y los movimientos que surgen de las condiciones actuales (Balibar 1988: 68).

En el caso del Perú, el racismo ha sido un fenómeno que determina las relaciones sociales desde la Colonia, estableciendo la superioridad del blanco sobre el indio y el negro, especialmente. Sin embargo, como se mencionó previamente, a principios del siglo XX, el racismo deja de ser un fenómeno público y, más bien, queda restringido al ámbito privado. Esta dinámica se puede entender a través de los conceptos de “racismo público” y “racismo privado”, la cual será tratada a lo largo de este estudio. El resultado es el siguiente: nadie se declara racista, pero este discurso sigue vivo, se reproduce y fundamenta identidades (Taller 1998: 73). El punto a resaltar es que, debido a que esta ideología es ocultada o reprimida, mas no suprimida, en determinadas circunstancias aflorará y se manifestará en el ámbito público. En los tres cuentos que analizaré, se puede apreciar claramente cómo opera este racismo oculto en los diversos estratos de la sociedad limeña.

Debido a que la problemática que se tratará aborda cómo las relaciones de poder se fundamentan sobre la categoría de la raza, es importante definir cuál es la acepción que se manejará de este término. Rita Laura Segato señala que la raza no debe ser entendida como una realidad biológica o categoría sociológica, “sino una lectura históricamente informada de una multiplicidad de signos” y que es esto lo que permite que sea un fenómeno variable (2010: 32). La autora resalta que el que se sustente en signos responde a que la raza es un fenómeno cognitivo, puramente mental; es decir, es resultado de la selección cognitiva de rasgos que pasan a ser transformados en diacríticos para marcar grupos poblacionales y atribuirles un destino como parte de la jerarquía social y, muy especialmente, en las relaciones de producción (Segato 2010: 31). En esa medida, la raza se construye como una categoría fija a la que se le han asignado determinados significados, que son los que permitirán definir al individuo y clasificarlo dentro de un esquema jerárquico.

A través de esta noción de raza, se puede abordar la forma en que se constituye la distribución racial del trabajo, que es la que perpetúa la posición de subalternidad de un grupo determinado de individuos. Esto es lo que Aníbal Quijano ha denominado “colonialidad del poder”.

Con respecto a este término, lo primero que habría que anotar es la importancia de la categoría raza para su definición. Quijano señala que, en los países Latinoamericanos y en el Perú, sobre todo, las relaciones sociales se configuraron como relaciones de dominación. En ese sentido, las identidades fueron asociadas a las jerarquías, lugares y roles sociales correspondientes, como constitutivas de ellas y al patrón de dominación colonial que se imponía. El punto es que, en la definición de estas identidades, la raza se constituyó como un instrumento clave, puesto que permitía la clasificación social de la población. A partir de ello, la raza se erigió como una construcción mental que expresa la experiencia básica de la dominación colonial y que, desde entonces, se ha infiltrado en las dimensiones más importantes del poder mundial (Quijano 2000: 201). La presencia de la raza en la estructuración social – Quijano resalta específicamente su rol en la distribución del trabajo – y como patrón de poder evidencia el elemento de colonialidad en el patrón de poder hegemónico – patrón de poder que se basa en una estructura biológica para asentar la inferioridad de unos y la superioridad de otros –.

En los cuentos que analizaré – se verá más adelante –, los sujetos asumirán una posición dentro de la escala social que será determinada de acuerdo a la categoría de raza. De este modo, esta última actuará como la base que permitirá que los individuos se erijan como subalternizadores o subalternizados. Sin embargo, cabe anotar que si bien la raza juega un rol fundamental en la definición de las identidades esta no será el único factor. Ello se debe a que, con el paso del tiempo, las distinciones raciales fueron volviéndose más difusas. En esa medida, la clasificación de los individuos al interior de la estructura jerárquica tuvo que apelar a otros criterios que permitieran asignarles una posición. Es de este modo que entran a colación los signos propios de una clase social. Estos, como elementos constitutivos de un estamento determinado, actuarán como medios para establecer el ordenamiento de la sociedad. Ello, además, conlleva a que la subalternidad adquiera un carácter situacional, en la medida en la que depende de las circunstancias en las que se encuentra el sujeto. En esa medida, resalta el carácter dinámico de las identidades, puesto que la posición puede variar de acuerdo al entorno en el que está. Con ello, se alude a la posibilidad que tiene el sujeto para movilizarse de una posición a otra, y sea subalternizado por algunos en cierto momento y, simultáneamente, pueda subalternizar a otros.

A través de los conceptos y nociones presentados, podré analizar la forma en la que se establecen y estructuran las relaciones de poder entre los personajes de estos tres cuentos. No obstante, para una aproximación teórica, me apoyaré en categorías propuestas por la rama de estudios postcoloniales y estudios subalternos. A continuación, haré un breve recuento de cuáles serán los conceptos pertinentes para el análisis de esta problemática.

En primer lugar, quiero resaltar importancia del libro de Homi Bhabha, El lugar de la cultura, que brindará dos puntos fundamentales. Para empezar, el autor se detiene a tratar el tema del “discurso colonial”. Este se presenta como una forma de discurso que construye conocimientos del colonizador y del colonizado que se enmarcan en un juego de poder colonial en el que se yuxtaponen fenómenos como la diferenciación, defensa, fijación y jerarquización. El punto a recalcar es que el objetivo de dicho discurso es construir al colonizado como una población de individuos degenerados sobre la base del origen racial. De este modo, se justifica la conquista y se establecen sistemas de administración e

instrucción cuya finalidad es fortalecer la dominación de unos sobre los otros. En ese sentido, los sujetos de este discurso son construidos dentro de un aparato de poder que contiene el conocimiento de un “otro” – que lo hace visible y conocible –. Sin embargo, dicho conocimiento se encuentra detenido y es fetichista, y circula a lo largo del discurso colonial como una forma limitada de otredad – llamada estereotipo – (Bhabha 2022: 103). Este último concepto es importante, puesto que es el que permite la dominación.

El estereotipo es una forma particular “fijada” del sujeto colonial que reniega de la diferencia y, de este modo, facilita las relaciones coloniales. De este modo, instala una forma discursiva de oposición racial y cultural en los términos en que se ejerce el poder colonial. Es por ello que el estereotipo constituye la estrategia discursiva mayor del discurso colonial. Establece una forma subjetivación en la que el conocimiento y la identificación están teñidos por un carácter ambivalente. Esta ambivalencia asegura la repetibilidad del estereotipo en coyunturas históricas y discursivas cambiantes.

Estos dos conceptos se aplicarán en el análisis de la formación del discurso hegemónico y cómo este guarda relación con una formación colonial. Asimismo, se verá cómo, en este caso, el discurso colonial interiorizado en la sociedad limeña se apoya y fundamenta en la raza como estereotipo. Es de esta manera que, el último, sostiene el discurso colonial y, a partir de ello, permea la herencia colonial en la sociedad limeña.

Primer parte: “La piel de un indio no cuesta caro”

“La piel de un indio no cuesta caro” cuenta la historia de Miguel, un arquitecto joven que se encuentra en un club campestre con su esposa, Dora, y Pancho, un niño del Cuzco que ha sido “adoptado” por Miguel para que lo ayude en su trabajo. El conflicto ocurre cuando Pancho parte al valle junto a los hijos del presidente del club. En la montaña, Pancho es víctima de un accidente y muere electrocutado a causa de una mala instalación en el alambrado. A partir de ello, el protagonista se ve ante una prerrogativa, una suerte de “prueba de fuego” que es planteada en el cuento como posibilidad ética y como signo de cambio social. Después de dirigirse a la posta médica y confirmar la muerte del muchacho, Miguel debe decidir entre denunciar la negligencia que provocó la muerte del niño (lo cual le causaría problemas con su esposa, cuya familia es dueña del club) o actuar como si este incidente no hubiera ocurrido. Después de algunos intentos por “hacer lo correcto”, cede ante el poder del presidente. Al final, termina por resignarse a los hechos y opta por no denunciar la muerte del niño. Por el contrario, decide quedarse en el club con su esposa para asistir a una fiesta en la que le presentarán un proyecto que le será bien remunerado. A partir de esta cadena de eventos y la respuesta del protagonista ante ellos, se aprecia la existencia de dos discursos contrapuestos al interior de un mismo personaje. No obstante, en determinadas circunstancias, el conflicto cede y, de este modo, refleja la predominancia de uno de ellos. Pese a que Miguel, en un inicio, presenta un discurso liberal, al verse en una situación extrema – que se presenta como una especie de prueba – no podrá mantener la misma posición.

De esta manera, se revela una escisión en la identidad del protagonista, que se manifestará en la coexistencia de los dos discursos contrapuestos que se alternan a lo largo del relato. Esta dinámica se puede entender a través del conflicto existente entre racismo público y racismo privado. Dicho conflicto evidencia la ambivalencia presente en el discurso colonial, elemento que me permitirá abordar la forma en que la raza constituye un elemento para la construcción de las relaciones de poder en este relato.

Homi Bhabha resalta que la ambivalencia del discurso colonial hace posible la presencia simultánea de dos creencias contradictorias: “una oficial y una secreta, una arcaica y una progresista, una que admite el mito de los orígenes, la otra que articula la diferencia y la división” (2002: 106). Como se mencionó previamente, en el caso de Miguel, se manifiesta la coexistencia de dos discursos que están en conflicto: un discurso de tinte democrático y un discurso racista. Llegado a este punto, es preciso resaltar que la facilidad para pasar de una postura a otra revela que una de ellas se encuentra solo en la superficie. Asimismo, se puede observar que la aparente liberalidad del personaje no es parte de la esencia constitutiva de este; es solo una posición que se ha asumido en un momento dado. No obstante, esta clase de progresismo, al no ser congruente con la ideología hegemónica¹ – que, cabe resaltar, es el discurso propio del entorno en el que se mueve Miguel – es más difícil de mantener. Ello permite entender el brusco cambio en la posición del protagonista.

Me interesa observar, en este cuento, cómo el conflicto de las relaciones entre los personajes se sostiene sobre la raza como fundamento para subalternizar o ser subalternizado. Ello se manifestará de diversas maneras a través de las acciones de los personajes del relato. En el caso de Miguel, ello se observa en la contraposición de dos discursos. Si bien al inicio el protagonista parece encarnar un pensamiento que Raymond Williams tildaría de “emergente²” – vale decir, un pensamiento constituido por nuevos significados y valores que se manifiestan en la pretensión del arquitecto por “integrar” a los indios en la nación –, al final del cuento, dejará aflorar la herencia colonial, que, de este modo, se reafirma como una característica propia de la sociedad peruana. Es en esa medida que el racismo se presenta como un elemento socialmente determinante y que mina las posibilidades de establecer relaciones igualitarias en la nación.

¹ Habría que anticipar que no “hegemonía” es entendida como un sinónimo de “dominación” o “dominante”. Más adelante, me detendré en las implicancias de este término – a partir de las connotaciones que le atribuyen Raymond Williams y Perry Anderson – y la importancia de su significado para abordar el marco en el que se inscriben las relaciones sociales en este cuento.

² En *Marxismo y Literatura*, Williams postula la definición de “emergente” y “residual” como elementos que están en interacción con lo dominante y lo hegemónico. En relación a ello, lo emergente alude a aquellas nuevas prácticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente y que suelen presentarse como modelos alternativos o de oposición a los elementos dominantes.

Para el análisis de este cuento, me centraré en la forma en que se establecen las relaciones entre los personajes y cuál es el papel de la raza en la construcción de las mismas. Sobre todo, me enfocaré en cómo la raza juega un rol determinante para el estatuto de jerarquías entre los personajes. Partiré de la diferenciación de dos grupos: los subalternizadores y los subalternizados. Dentro de este marco, Pancho sería el subalternizado; mientras que Dora y el presidente del club serían los subalternizadores. Con respecto al personaje de Miguel, su pertenencia a uno u otro grupo – dentro de este eje de relaciones – se definirá hacia el final del capítulo, debido a que, en su caso, el conflicto entre el discurso racista y el democrático es más complejo y, por ello, merece una mención aparte y más profunda.

Antes de proseguir, es necesario abordar algunos puntos relacionados con la figura del subalterno, que, en este cuento, es encarnada por Pancho.

Desde el inicio del cuento, Pancho es concebido como una persona que se encuentra en un nivel “inferior” dentro de la jerarquía social. Cabe resaltar que la única explicación que podríamos atribuirle a dicha inferioridad es su origen cuzqueño, debido a que, en el cuento, el narrador no se detiene a darnos más datos sobre este personaje. Del mismo modo, en el cuento, está implícito el hecho de que los personajes que ven a Pancho como un subalterno no se basan en otra razón para ello. Un punto que habría que resaltar es que, más allá de la mención de que su familia proviene del Cuzco y viven cerca del Porvenir, no se hace alguna otra anotación sobre este personaje. Más resaltante aún es la ausencia de una descripción de sus rasgos físicos o una explicación de por qué los otros personajes se relacionan con él desde una posición de superioridad. En otras palabras, al no detenerse en una descripción detallada del personaje, se sobreentiende que la razón por la cual Pancho es un subalterno reside en la sola mención de su lugar de origen. El haber nacido en la sierra trae a colación significados y valores raciales y socioeconómicos que lo establecen en un nivel inferior al que se encuentran los otros personajes. De esta manera, se vislumbra una jerarquización del tipo colonial, en la medida en que es sobre la base del origen y en razón del nacimiento que determina la posición de los personajes en la escala social, e incluso la ocupación y rol que cumplen en dicho esquema (Cotler 2005: 62). A través de esta dinámica, va aflorando la manera en que la herencia colonial condiciona los comportamientos y las acciones de los personajes en el cuento. Llegado a este punto, cabe

recordar que, con ello, se alude a aquel rezago de la Colonia que se ha mantenido hasta nuestros tiempos y que ha determinado la permanencia de una estructura social jerarquizada y fundada en un pensamiento que sostiene la superioridad del blanco/occidental sobre las demás razas/culturas.

En relación a este último punto, es preciso resaltar la forma en que el marco creado por el narrador—quien se limita a narrar los acontecimientos y las acciones de los personajes –, expone las relaciones que estos establecen entre sí asumiéndolas como naturales. En ese sentido, los juicios en torno al personaje de Pancho, la perspectiva desde la cual los demás lo ven y la forma en que se relacionan con él – elementos que reflejan las jerarquías sociales – son expuestos como habituales.

Para entender a cabalidad cómo se construye la subalternidad de Pancho, es importante hacer algunas anotaciones sobre los distintos imaginarios alrededor de la figura del indio. Cabe resaltar que la imagen negativa que se ha tenido de este – sea desde su animalización o cosificación hasta la visión que lo asumía como “discapacitado” – es la que legitimó la superioridad del blanco.

Para empezar, es importante remontarnos a la Conquista, puesto que es desde este período hasta la actualidad que la figura del indio se ha constituido como una problemática. Ya, alrededor de 1550, se presenta la polémica discusión en torno a la justificación de la conquista y, con ello, las razones sobre las cuales se explicaba dominación del español sobre el indígena. Estos cuestionamientos despertaron otra pregunta central: la pregunta sobre la naturaleza del indio. ¿Es el indio un ser humano? ¿Posee alma? ¿Cómo justificar la dominación de los españoles si el indio fuese considerado un ser humano hijo de Dios? Frente a estas incógnitas, surgieron diversas posturas, que alimentaron imaginarios en torno a la condición del indio.

En primer lugar, habría que acotar que los diversos imaginarios que se tejieron en torno a la figura del indio se construyeron a partir de la oposición entre indios y españoles.

Una primera dicotomía es la que opone al “español civilizado” y al “indio salvaje”. Desde esa perspectiva, el indio encarna lo “primitivo”, en oposición a la modernidad europea. Una segunda representación del indio lo perfilará como a un “niño”; es decir, como un ser en

potencia. Desde esta perspectiva, se aborda al indígena como un ser incompleto, cuya inferioridad reside en que no se ha llegado a desarrollar. El punto de confluencia entre estas dos concepciones es que ambas refuerzan el control del blanco sobre el indio, debido a que, en los dos casos, para que sean incluidos en la estructura de orden determinada por las ideas y valores europeos, era necesario que se este sea instruido – ello abordaba tanto el ámbito cultural, como el moral y espiritual –. De este modo, se justifica la dominación del primero sobre el segundo. La falta de desarrollo del indio lo incapacita para gobernarse a sí mismo. A este conjunto de ideas, se sumó el argumento de que el indio nació para ser esclavo. Este razonamiento se basaba en su debilidad física, moral e intelectual para reafirmar la posición de servidumbre que debía asumir, debido a que no tenía la capacidad para el autogobierno. En base a estas ideas, se justificó el dominio español. El blanco, en ese sentido, se constituía como el designado para la tarea de civilización de la población indígena. Ello implicaba un proceso de occidentalización, que suponía la eliminación de las prácticas propias de la cultura nativa. Este proceso se asumió como una especie de instrucción que, en muchos casos, reunía formas de violencia y paternalismo.

Durante la Independencia del Perú y la formación de la República, algunos de estos imaginarios se actualizaron o resemantizaron. Sin embargo, ello no implicó la eliminación de varias de las nociones tejidas en torno a la naturaleza del indio. La inferioridad de este no fue puesta en tela de juicio; lo que cambió fue el marco de la discusión que, ahora, se preguntaba sobre cuál debía de ser el papel del indio al interior de la nación. En relación a ello, se presentaron dos posturas. Una de ellas afirmaba – mediante la consideración del indio como un ser inferior – que no era necesario – o era imposible – incorporarlo a la vida republicana (Taller 1998: 12). La segunda posición proclamaba la necesidad de incorporar al indígena en el proyecto nacional y, para ello, planteaba que la educación era el medio, por excelencia, que permitiría concretar esta iniciativa. No obstante, esta debía ser una educación netamente occidental. A través de ella, se lograría una homogeneización, que implicaba la eliminación de ciertas prácticas indígenas que eran consideradas “poco civilizadas”. En ese sentido, la inclusión del indio a la nación suponía una “des-indianización”.

A partir de este breve recuento histórico y la exposición de las representaciones del indio presentes en cada período, lo que busco es resaltar el punto de encuentro: su inferioridad. Es este núcleo el que imposibilitó su incorporación a la sociedad, puesto que no lo reconocía como un ciudadano con las mismas facultades que los demás.

Estas representaciones del indio pueden ser englobadas bajo el concepto de “estereotipo”. En “La otra pregunta”, Homi Bhabha se centrará en un análisis del discurso colonial y cómo, a través del estereotipo, este puede sostenerse y asegurar su repetitividad. El estereotipo es, entonces, una estrategia discursiva mayor del discurso colonial que actúa como punto primario de subjetivación de un otro. Bhabha lo define como una forma particular “fijada” del sujeto colonial que facilita las relaciones coloniales. En este cuento, los imaginarios construidos sobre la figura del indio actúan como estereotipos en la medida en que se presentan como una forma de conocimiento de un Otro que es perfilado como inferior, ignorante, incapaz, entre otros. Son estas valoraciones – estereotípicas – las que sostienen y refuerzan el discurso colonial, que se apoyará en la naturaleza inferior del indio para ejercer su poder. De este modo, se instaura una forma de gobernabilidad que se apropia de este Otro – encarnado en Pancho –, de modo que puede dirigir y dominar sus distintas esferas de acción.

Aun hoy en día, se puede apreciar que tanto algunos de estos imaginarios como la cuestión sobre la incorporación de los pueblos indígenas en el proyecto de la nación son temas latentes. La vigencia de estas representaciones se puede manifestar en este cuento a partir del retrato que se hace de Pancho y la forma en que los demás personajes se relacionan con él, que es lo que veremos a continuación.

La forma en la que Dora, el presidente e incluso Miguel interactúan con este personaje está sesgada por algunas de las concepciones antes comentadas, aquellas que se fundamentan en la idea de la inferioridad del indio. De esta manera, se nota la supervivencia de un orden colonial, que se ha filtrado en la modernidad. Una manifestación de ello se puede observar a través del paralelo entre Pancho y una figura que Alberto Flores Galindo ha denominado el “cholito”. Este término alude a un indio muchacho destinado al servicio doméstico. Esta

clase de sirviente era incorporada, aunque en un plano inferior y diferenciado, a la vida doméstica y, en varias ocasiones, a la propia familia. Habría que anotar que el carácter de la relación fundada entre patrón y “cholino” permitía disponer de trabajo gratuito o justificaba el recurso a castigos (Flores Galindo 1994: 282). El perfil de Pancho – un niño de catorce años, proveniente del Cuzco y que, debido a la simpatía que despertó en Miguel, ha sido adoptarlo como ayudante en su taller (puesto que, como él mismo lo señala “algo se puede hacer por ese muchacho”) – claramente encaja con la figura del “cholino”.

Un punto a resaltar es cómo la forma en que se establece esta clase servicio doméstico se presenta como la prolongación del pongaje, una institución colonial, en el mundo moderno. A continuación, se verá en qué consistía este servicio y cómo, alrededor de este, se estructuraban las relaciones de poder entre los indios y los hacendados.

El historiador Alberto Flores Galindo resalta que el pongaje constituía una especie de oficio que algunos campesinos realizaban en la casa hacienda (1994: 280). Este consistía en el trabajo obligatorio y gratuito que, además, reunía tanto la violencia como el paternalismo del patrón. En muchos casos, la relación entre el gamonal o hacendado y el pongo adoptaba una forma trastocada de la relación padre-hijo. El hacendado se asumía como “padre” – instituyendo el paternalismo como interacción social – lo cual establecía una estructura vertical que permitía subordinar al indígena. El punto a resaltar es que esta obediencia propia del paternalismo se refuerza debido a que la autoridad del “padre” es asumida como natural y, por ello, indiscutible (Giordano 1996: 7).

Al igual que la mayoría de los pongos, Pancho es un indio menor de edad que está trabajando bajo la tutela de un superior, Miguel. Llegado a este punto, es importante detenernos en este término, puesto que este demuestra el carácter colonial que tiñe las relaciones sociales. Guillermo Nugent define la tutela como una forma de ordenamiento social que consiste en la suposición de que existen sujetos que no están en capacidad de representar adecuadamente sus intereses. Para solucionar esta situación aparece la figura del tutor, que se encarga de asumir los intereses del incapacitado. Esta representación promueve un estilo de relación jerárquica constituida por dos sujetos: el tutor y el tutelado (Nugent 2010: 32). De este modo, la institución tutelar se funda en la premisa de la inferioridad de uno de los agentes, que, en este caso, es Pancho.

El último, a cambio de la oferta de su trabajo – probablemente no remunerado –, es acogido por Miguel, quien puede adiestrarlo e introducirlo en el oficio. La interacción entre ambos, además, supone el paternalismo propio de la relación entre el pongo y su amo. El trabajo y la obediencia de Pancho serán retribuidos mediante la protección y el cuidado que Miguel le ofrecer. En este caso, el enviarlo a la escuela nocturna es parte de dicha retribución.

El paralelo entre Pancho y la figura del pongo demuestra la naturaleza colonial de la subalternidad de este personaje. Dicha subalternidad se constituye de una forma compleja, en la medida en la que encierra diversas valoraciones. Ello se podrá ver – a continuación – a partir de la manera en que Dora y el presidente del club se relacionan con Pancho. Comenzaré, enfocándome en la esposa del arquitecto.

A lo largo de la narración, se evidencia que Dora percibe a Pancho de dos formas distintas. Al comienzo, este es constituido como un sujeto que ha sido despojado de la condición de humanidad: a los ojos de la esposa del arquitecto, Pancho se presentará como un objeto. Ello se puede apreciar cuando, al principio, le pregunta a su esposo si es que se va a quedar con él – como si Pancho fuera una “cosa”, algo que se puede guardar y, una vez que ya no es necesario o deseado, se puede botar –. Esta idea se refuerza líneas después, cuando le indica: “Guárdalo entonces contigo. Te puede ser útil” (Riberyo 2005: 239). A partir de este último parlamento, se manifiesta que la razón por la cual ella permite que Miguel se quede con “este objeto” reside en la utilidad que puede tener.

La apatía de Dora y la falta de importancia que le da al niño se presentarán como una constante en el cuento y contrastarán con aquellos puntos álgidos en los que la situación amerita la toma de decisiones y la acción directa de los personajes. Es decir, aquellos momentos clímax, caracterizados por el ágil movimiento del protagonista, estarán contrapuestos a la pasividad de su esposa. El contraste entre la naturaleza de los eventos y la indiferencia de Dora hacia ellos es mayor, debido a que Miguel sí actúa en concordancia a los acontecimientos. La inmovilidad espacial – hay que recordar que Dora nunca deja la cabaña del valle y el único ambiente al aire libre en el que está es en el patio de esta – es solo una forma más de representar la inercia de su carácter. Ello se intensifica a partir del contraste entre ella y su esposo.

Ejemplo de ello sería la escena en la que Miguel parte al cerro, por segunda vez, para desenredar a Pancho de los alambres que le quitan la vida, mientras que Dora permanece sin hacer nada en el jardín. Frente a la preocupación del protagonista, se opone el desinterés de su esposa: “Pero ya Miguel había partido nuevamente a la carrera. Dora vio su figura saltando por la peñolería, cada vez más pequeña. Cuando desapareció en la falda del cerro, *se encogió de hombros, aspiró la margarita y continuó deambulando por el jardín*” (Riberyo 2005: 243, las cursivas son mías).

Quisiera detenerme en este fragmento, puesto que, en él, se resaltan puntos clave para ahondar en el comportamiento de este personaje. En primer lugar, se puede ver el contraste entre Miguel, que actúa de manera apremiante, y su esposa, quien no solo no reacciona, sino que se queda “deambulando por el jardín”. La acción de “deambular” no es gratuita. El deambular implica caminar, pero sin una dirección determinada³. De este modo, se enfatiza la falta de intencionalidad de Dora por actuar frente al acontecimiento – que es, nada menos, que la muerte de una persona –. En segundo lugar, habría que centrarse en el acto de encogerse de hombros. Resalto esta acción, debido a que, a partir de ella, se exterioriza el desinterés de este personaje. El encogerse de hombros es la manifestación de su indiferencia, un acto gestual que demuestra el deseo de desentenderse de una situación (Rulicki 2007: 89). De esta manera, se explicita que, para Dora, la muerte de Pancho carece de algún tipo de valor.

Más adelante, se hará énfasis en ello a través de ciertos parlamentos, que demuestran cuáles son las preocupaciones de la esposa del arquitecto. A partir de esto, el lector notará que la muerte de Pancho no es una de ellas. Para ello, las reacciones de este personaje frente a los acontecimientos que se van sucediendo son realmente reveladoras.

Mientras Miguel se dirige hacia el auto para llevar al niño a la posta, Dora insiste en hablarle de su aspecto: “Estás todo despeinado. Deberías lavarte la cara” (Riberyo 2005: 244). De esta manera, se recalca que, en su orden de prioridades, la necesidad de “mejorar” el aspecto de su esposo antecede a encargarse del estado agonizante en el que se encuentra Pancho. Es más, ella no comprende por qué este incidente ha conmocionado tanto a su marido. Incluso llega a preguntarle: “¿Estás verdaderamente molesto?” (Riberyo 2005:

³ Definición extraída de la RAE.

246). A partir de este fragmento, notamos que no solo no se preocupa por la muerte de Pancho – que se reduce a ser “una lástima” –, sino que se asombra ante la posibilidad de que su a esposo sí le importe.

La contraposición entre las actitudes estos dos personajes frente un mismo hecho es resaltante. El protagonista, por una parte, se encuentra intranquilo – enciende un cigarrillo, empaca para partir a Lima y va de un lado a otro –; Dora, por otra parte, tararea frente al espejo. Este contraste se va intensificando cada vez más. Miguel adjetiva de “infamia” los certificados falsos que el presidente del club ha tramitado para encubrir las verdaderas causas de la muerte de Pancho. En oposición a esta actitud, la esposa le pide que no se haga mala sangre. Esto último es realmente relevante, puesto que, de esta manera, Dora está señalando – de manera implícita – que Miguel le está dando más importancia al accidente de la que debería. A partir de casos como este, se puede ver que Dora reduce la condición de Pancho de una manera que lo posiciona en la frontera de lo humano y lo animal. Digo esto, porque, mediante la forma en que la esposa del arquitecto se relaciona con este niño, lo que hace es despojarlo del carácter humano que este posee. Lo trata, en primera instancia, como a un sirviente o “capricho” de Miguel, para, en segunda instancia, – tras el accidente – comportarse como si se tratara de un obstáculo y una molestia.

Similar a la actitud que asume Dora es la de su tío, el presidente del club. Este es un personaje realmente importante en el desenvolvimiento de la trama, debido a que tendrá un papel central en el conflicto del relato. Además, el perfil de este personaje será de utilidad para poder entender cómo se construye el entramado de relaciones en el cuento; además de cómo dicho entramado se tiñe de la colonialidad. Asimismo, en base a la interacción entre el presidente y la pareja conformada por Miguel y Dora, se podrá analizar el papel social de la élite hegemónica, así como el fenómeno del arribismo. Antes de abordar estos temas, haré un breve análisis del perfil de este personaje.

El presidente del club es un hombre adinerado que les ha conseguido a Miguel y su esposa un terreno en el valle de Yangas. Además, como encargado de este exclusivo club, ha reunido en torno suyo a gente de posición. Hay que resaltar que sus diversos contactos

serían de utilidad para posicionar a Miguel dentro de este grupo social al que pertenece la “gente chic”, como lo señala el mismo presidente. La importancia de este personaje, entonces, es que se erige como aquel que tiene el poder. En definitiva, es el personaje más poderoso del cuento – un poder que no se reduce al ámbito económico, sino que tiene implicancias en el entorno en el que se mueve y que no se limita a su estrato social –. Debido a esto, es en torno a sus acciones que gira el conflicto. La lucha que se establece entre él y Miguel constituirá el conflicto central del cuento.

Un punto que habría que anotar es que – como se podrá ver en otros cuentos de Ribeyro – el lector nunca sabrá el nombre de este personaje. Desde mi punto de vista, esto se debe a que, de esta manera, el presidente se puede erigir no como un individuo en particular, sino como un personaje-tipo al interior de la sociedad. Al no tener nombre, representa a un personaje arquetípico que, en este caso, será exponente de la élite de poder. Como tal, el comportamiento y las actitudes asumidas por este personaje se presentarán como el reflejo del pensamiento de una clase social en particular. De este modo, a través de las acciones del presidente, el lector podrá vislumbrar los valores y la ideología de la élite hegemónica.

Llegado a este punto, es relevante que se defina qué es la hegemonía y cuál es su importancia para el análisis de este relato. En *Marxismo y Literatura*, Raymond Williams indica que la hegemonía se define como un sistema de significados y valores que componen todo un cuerpo de prácticas y expectativas y que constituye la expresión o proyección de un particular interés de clase. Dentro de este marco, se debe resaltar la distinción entre “hegemónico” y “dominante”. “Mientras que la dominación será entendida como descansando fundamentalmente sobre la coerción, la hegemonía es el poder adicional que acumula un grupo dominante en razón de su capacidad para colocar un plano universal todas las cuestiones en torno a las cuales crece el conflicto” (Arrighi 1999, citado por Perry Anderson: 224). En ese sentido, la hegemonía no se reduce a la conciencia de una clase dominante, sino que comprende las relaciones de dominación y subordinación. Lo que la hace efectiva es la combinación entre fuerza y consenso, pero bajo la primacía del consenso. Este inducirá no solo al cumplimiento de los ideales y valores de la clase hegemónica, sino la imitación generalizada de este modelo (Perry Anderson 2010: 223). Finalmente, habría que anotar que su campo de acción no se reduce al ámbito político y

económico, también, actuará a nivel social y se manifestará en la esencia de las identidades y las relaciones.

En base a esta noción de hegemonía y cómo actúa en la sociedad, se da cuenta del papel determinante que cumplen las élites hegemónicas en la difusión y perpetuación de un discurso. En el marco del cuento de Ribeyro, el discurso colonial inherente a la ideología de la élite – encarnada en la figura del presidente – se permeará en los demás estratos de la sociedad. Esto se puede ilustrar a partir de Teun A. van Dijk, quien explica que son las élites simbólicas las que controlan el discurso público, puesto que son las que tienen un poder especial en la difusión de prejuicios étnicos – que conforman la base del racismo –. Habría que anotar que ello no quiere decir que las élites sean más racistas que la población en general, sino que sus acciones tendrán un mayor impacto sobre la sociedad. Gracias a la posición de poder que ocupan, el discurso que ellos sostienen se presentará como uno políticamente autorizado y podrá ser mediatizado más fácilmente (Van Dijk 2010: 70). Esto explica el gran alcance que tienen el discurso y las acciones del presidente, así como la razón por la cual será más difícil que alguno de estos elementos encuentre oposición. El poder del presidente se evidencia a través de la forma en la que se relaciona con los otros personajes. Esto último será el siguiente tema a tratar.

Para empezar, es importante anotar que el vínculo que establecen Miguel y Dora con el presidente se rige por un principio de utilidad. Ello se puede apreciar, puesto que es a través de él que podrían garantizarse ciertos beneficios – tanto económicos como sociales –. Gracias al presidente, consiguieron la casa de campo a un precio “casi regalado”. Asimismo, es a través de este personaje que el protagonista podría acceder a futuros trabajos, como lo es el proyecto de construcción de un bar en el club. Quisiera resaltar este punto, debido a que es a partir de los privilegios que les trae a Miguel y su esposa la interacción con el presidente que se devela un comportamiento de la joven pareja que podríamos denominar como “arribista”. No obstante, también, cabe resaltar que, si bien Miguel y Dora utilizan al presidente para lograr sus propósitos, el presidente no será indiferente a ello. La red de relaciones y manipulaciones entre la pareja y el presidente no es de una sola vía, es recíproca. Así como Miguel y Dora saben que, con determinadas actitudes pueden granjearse ciertos beneficios, el presidente sabe que, ofreciéndoles ciertos

beneficios, él también puede favorecerse. Además, habría que enfatizar en que el procurarles determinados privilegios, simultáneamente, implica la posibilidad de posicionarse en una escala superior. De esta manera, se reafirma que el presidente es el personaje con mayor control dentro del cuento. El despliegue del poder que este posee en relación a su entorno se evidenciará claramente una vez que ocurre el accidente.

Con la muerte de Pancho, el presidente se ve en una situación riesgosa, puesto que esta ha ocurrido por un defecto en la instalación del cableado del club. Él es consciente de que, si esto se llega a saber, habría “una carnicería”. No obstante, tiene un punto a favor: el único que sabe de esto es Miguel. Es, entonces, que el presidente empieza a jugar sus cartas. En primer lugar, intentará encubrir el asunto desviando las intenciones del arquitecto. Una vez que Miguel le informa que irá a ver a los padres de Pancho para explicarles lo sucedido para que ellos vean qué hacen, el presidente le cambia de tema e intenta persuadirlo. Interrumpe al joven, diciéndole: “tengo que enseñarte dónde haremos el nuevo bar” (Riberyo 2005: 246). De este modo, pretende recordarle los beneficios que puede brindarle al joven. Sin embargo, ante la negativa implícita de Miguel, tiene que cambiar de estrategia. A continuación, le presentará un certificado de defunción en el cual se declara que el Pancho murió de una deficiencia cardíaca. Asimismo, le extiende un parte policial redactado en los mismos términos. Es importante acotar cómo recurre al documento escrito para respaldar su posición. El presidente reafirmará su poder con la siguiente frase: “Tú puede pensar lo que quieras... Pero oficialmente éste es un asunto ya archivado” (Riberyo 2005: 247). De este modo, instituye su poder y, al ostentarlo, demuestra que Miguel se encuentra en desventaja.

Sin embargo, las sucias estrategias a partir de las cuales intenta encubrir el accidente no se detendrán ahí. Más adelante, manda reparar la instalación defectuosa antes de que alguien se entere de lo sucedido y, además, le da un sobre con cinco mil soles a Miguel para que se lo dé a la familia de Pancho.

De esta manera, nos vemos antes el perfil de un personaje cuyos escrúpulos que no cederán ante la situación y contrarrestará los múltiples intentos de Miguel por denunciar el accidente. El núcleo central de su victoria reside en la posición que ocupa, puesto que esta le ha permitido mover las fichas a su favor. La falta de oposición de los que lo rodean –

Dora, el médico, la policía – demuestran el ilimitado poder del presidente. El fracaso final de Miguel demuestra su aceptación del orden establecido, con ello, la superioridad del presidente frente a él. En ese sentido, el desenlace del cuento reafirma la victoria del presidente. La significancia de este hecho es que, como se mencionó anteriormente, el presidente es solo un arquetipo social. Desde esa perspectiva, con su triunfo final, se confirma la primacía de la élite hegemónica y, con ello, la predominancia de un discurso colonial.

Hecha esta mención, continuaré con el siguiente punto: la interacción entre Pancho y el presidente.

Como se ha visto, para este personaje, la muerte del joven es un problema. Sin embargo, el punto a resaltar es que es solo eso. El accidente y la tragedia consecuente se limitan a ser un obstáculo en términos legales, puesto que dicho obstáculo implica la demanda de la cual puede ser víctima. Sin embargo, el incidente, en ningún punto, se le presenta como un problema ético; es decir, no tiene implicancias de tinte moral. A partir de su actitud, se evidencia que el presidente no siente ningún tipo de remordimiento. Desde mi perspectiva, ello se centra en el hecho de que, para él, Pancho no es relevante. Para este personaje, el niño no es equivalente a una persona, por lo cual su muerte no ha generado ninguna clase de sentimiento. El presidente no dejará de seguir su día tal y como se lo había planeado: el cóctel sigue en pie y él no abandonará su rol como animador principal. Ello es notado por Miguel, quien lo demuestra en uno de los diálogos con su esposa:

- “- Debe estar preocupado por el accidente.
- Está más preocupado por su fiesta.” (Riberyo 2005: 246)

De este modo, se puede apreciar que Dora y el presidente comparten la misma perspectiva. Es tal el paralelo entre sobrina y tío, que – cabe resaltar – es percibido por el mismo Miguel, quien observa a su esposa y “algo en sus rasgos le recordó el rostro del presidente”. A través de esta analogía entre ambos personajes, se está enfatizando la similitud en su forma de actuar y de ver las cosas: ambos han asumido una posición de superioridad en relación a Pancho, cuya subalternidad descansa en un orden colonial.

A partir de los aspectos mencionados – especialmente, concentrado en las actitudes del presidente y su sobrina –, podemos ver, como señala Higgins, que en “La piel de un indio no cuesta caro”, Ribeyro “muestra la pertinacia en los tiempos modernos de los prejuicios sociales y raciales que tienen a los indios por una especie inferior” (1991: 68). Ello responde a que el discurso colonial se apoyará en el estereotipo del indio para, así, asegurar su repetitividad en coyunturas históricas y discursivas cambiantes (Bhabha 2002: 91). La herencia colonial, en esa medida, se refleja en las actitudes de Dora y el Presidente en tanto que, para ellos, Pancho encarna a un Otro que ocupa una posición subordinada. Este joven solo será reconocido como ser humano en tanto cumpla con un rol servil. Tras el accidente, dejará de representar esta condición, convirtiéndose solo en un obstáculo que puede impedir que disfruten de la fiesta por la celebración del aniversario del club. Sin embargo, lo más resaltante es que este discurso propio de la élite hegemónica, aunque en un inicio no se nota, también ha sido interiorizado por el protagonista. Este será el siguiente tema a tratar.

El primer punto a anotar sería que, pese a que Miguel es el personaje que establece una relación más cercana con Pancho y presenta cierto afecto por él, ello no implica que no lo perciba como a alguien que ocupa un lugar inferior en la jerarquía social. Como se vio previamente, incluso antes de la decisión final de Miguel – en la que se evidencia la superficialidad de su discurso progresista –, podemos encontrar ciertos rasgos de paternalismo. La existencia de esta práctica es la que complejiza la subjetividad del personaje, que se presentará escindido entre dos discursos contradictorios. El paternalismo que caracteriza su proceder contrasta con el discurso democrático – que parece regir las acciones del personaje –, puesto que implica un modo de dominación, solo que velado por el establecimiento de una interacción similar a la de padre-hijo. Un ejemplo de este rasgo lo podemos encontrar en uno de los parlamentos del protagonista, cuando este le comenta a su esposa que mandará a Pancho a una escuela nocturna: “Algo se puede hacer por este muchacho. Me cae simpático” (Ribeyro 2005: 239). En fragmentos como este, se puede apreciar que, pese a que hay cierto aprecio hacia el niño, este es el aprecio que siente alguien que se posiciona en un nivel superior frente al otro. Es decir, la mirada de Miguel hacia Pancho está sesgada por una brecha implícita, que posiciona al arquitecto en una escala superior a la de su “protegido”. Se trata, entonces, de la representación de la “tutela”

como un patrón colonial que estructura las relaciones entre poderosos y excluidos en la cultura peruana. A partir de esto, sale a relucir la proyección de dos imaginarios sobre la figura del indio – dos imaginarios que se encuentran imbricados entre sí –. En primer lugar, aquel que se aproxima al indio como hacia un niño, un ser en potencia; es decir, lo reconoce como un ser humano, pero como uno que aún no ha culminado el desarrollo de sus habilidades y destrezas. No obstante, no hay que dejar de lado que esta representación del indio va acompañada de una carga afectiva, de modo que la relación que se establece entre Miguel y Pancho entra dentro de una configuración paternalista⁴. En segundo lugar, se ve que la perspectiva desde la cual el arquitecto se representa a Pancho es como la de alguien que puede y debe ser instruido. Miguel le dice al joven: “A ver, Pancho, dile a la señora cuánto es ocho más ocho” (Riberyo 2005: 239). Para luego comentarle a su esposa: “Eso se lo he enseñado ayer. Se lo hice repetir toda la tarde pero se le ha grabado para toda la vida” (Riberyo 2005: 239). Esta última figura es muy importante, puesto que fue uno de los grandes imaginarios que se gestó alrededor del indio durante el periodo republicano. Como se mencionó al inicio, una de las posturas de los diversos debates en torno a la incorporación del indígena en la sociedad peruana planteaba la necesidad de la educación – una educación hispana/occidental – que permitirían “civilizarlo” y, de este modo, podría ser integrado al proyecto nacional. Este proceso civilizatorio suponía la eliminación de prácticas que, desde la perspectiva eurocéntrica, eran salvajes. Así, lo que se pretendía era “des-indianizar” a la población andina; solo a través de esta homogeneización, sería posible su incorporación a la sociedad. Esta temática se encuentra presente en el cuento. Ello se observa desde el inicio, momento en el que Miguel anuncia su intención de educar a Pancho, puesto que “algo se puede hacer por ese muchacho”. En ese sentido, Miguel encarnaría esta posición tutelar que, si bien – aparentemente – no excluye al indio del proyecto nacional, pretende su occidentalización.

De esta manera, se evidencia la compleja gama de discursos presentes en el protagonista y cómo el elemento racial es el eje sobre el cual estos se erigen. En esa medida, a través de este cuento, se observa que el proceso de democratización no ha eliminado la ideología

⁴ En este sentido, se resalta que la desigualdad de condiciones que posicionaba a uno de los sujetos como superior y, por ende, como patrón del otro, también implicaba que este debía retribuir al sujeto inferior brindándole seguridad y protección.

racista, la herencia colonial. Para entender esto, es preciso que me remonte al cambio de paradigma que sufre la sociedad limeña con respecto al tema del racismo.

Portocarrero señala que, a principios del siglo XX el racismo deja de manifestarse de manera pública y, más bien, queda restringido al ámbito privado. En adición a ello, el surgimiento de la democracia – hecho que ocurre en el siglo XVIII y que conduce a la elaboración de un discurso democrático – se convierte en la ideología oficial de la sociedad moderna (Taller 1998: 73). Sin embargo, dicho proceso de democratización no conlleva a la eliminación del racismo, sino a su ocultamiento. Ello lo explica claramente Rita Laura Segati, quien afirma que “Nunca la subordinación fue tan exclusivamente racial como en la modernidad avanzada, cuando la raza acciona el mundo transformada en fantasma, por detrás de las reglas y de los nombres” (2010: 34).

En este cuento de Ribeyro, la permanencia de un ordenamiento colonial de la sociedad se vislumbra mediante la forma en que los personajes entablan sus relaciones. Como se ha mencionado anteriormente, Miguel no escapa a esta clase de jerarquización. La posición de superioridad desde la cual se relaciona con Pancho es una resemantización de la interacción hacendado–pongo. Debido al contexto en el que se desenvuelven estos personajes, esta se presenta, más bien, como la de empleador–empleado. Ello se refleja en el diálogo entre él y su esposa. Cuando la segunda pregunta por Pancho, Miguel no titubea y le pregunta: “¿Necesitas algo?” (Ribeyro 2005: 241), lo cual vislumbra nuevamente el utilitarismo como una de las formas de mediación entre los personajes: la relación que establecen el protagonista y su esposa con Pancho está mediada por el servicio que este último les brinda. En ese sentido, más allá de que Miguel sienta cariño por Pancho y se preocupe por él, es evidente que lo hace “desde arriba”, desde una posición tutelar y, por ende, jerarquizada.

Es así que se confirma la coexistencia de dos discursos antitéticos. Más allá del aprecio que siente por Pancho, las acciones de Miguel se rigen por cierta ética, que es la que lo lleva a ir a la asistencia médica y a la comisaría. Es esta ética la que lo lleva a calificar de “infamia” los trámites corruptos ejecutados por el presidente del club. No obstante, la indignación de este personaje no surge como una contestación a la sociedad burguesa o como un acto de rebeldía; más bien, es motivada por el afecto que Miguel le tiene a Pancho. Es dicho afecto el motor de un discurso que se aleja del discurso hegemónico; es decir, uno que difiere del

discurso adoptado por la clase burguesa limeña. Sin embargo, ello no impedirá que, al final del cuento, el protagonista opte por mantener su lugar en la sociedad – reproducir el status quo – y se ponga del lado de los subalternizadores. Es en este punto en el que radica la ambigüedad en el carácter de Miguel: es recién al final del cuento que el lector se percata de la represión de sus sentimientos y la existencia de ese residuo⁵ propio de su clase. Esto se debe a que su compromiso nunca fue absoluto, vemos una vacilación en este personaje que, al final, decide someterse al discurso hegemónico.

En “La piel de un indio no cuesta caro”, el final produce la frustración del lector, producto de la desilusión. A lo largo del cuento, Miguel se había ido ganando la confianza del lector. Tanto sus palabras como sus acciones – las diversas confrontaciones entre él y su esposa o entre él y el presidente del club, que van *in crescendo* conforme se va desarrollando la trama –, sugieren la posibilidad de un cambio en la estructura que rige las relaciones sociales. A pesar de que su discurso no calzaba con el discurso hegemónico, los prejuicios raciales y de clase parecían no haber sesgado su actuar. La importancia de este personaje es que, a través de él, se vislumbraba la esperanza de cambio – un cambio que implicaría el estatuto de principios que trascienden a las relaciones de poder fundadas en la raza –. La decisión final de Miguel – su aceptación del status quo – quiebra esta posibilidad. El protagonista, lejos de fundar un nuevo discurso, termina por adoptar el discurso preexistente – el hegemónico –. De esta manera, se pone en cuestión el rol de la burguesía emergente – encarnada en Miguel y su esposa –, que es incapaz de fundar un proyecto político propio y, más bien, termina por adaptarse al de la élite.

En ese sentido, el cuento descarta cualquier esperanza de cambio en la estructura jerárquica de las relaciones sociales. Si bien al inicio Miguel parecía proponer un discurso emergente, que inauguraba la posibilidad del establecimiento de relaciones igualitarias entre personas

⁵ Este es un concepto clave propuesto por Raymond Williams en *Marxismo y Literatura*. Con “lo residual”, se está haciendo referencia a elementos que han sido formados en el pasado. Sin embargo, ello no implica que no puedan ejercer alguna acción (o no se practiquen), dentro del proceso cultural, como un efectivo elemento del presente. No pueden expresarse como parte de la cultura dominante, pero son vividos y practicados sobre la base de un remanente. En ese sentido, si bien una parte de lo residual se halla a distancia de la cultura dominante efectiva, otra habrá de ser incorporada a la cultura dominante efectiva.

de distintas razas. Sin embargo, el desenlace final devela la imposibilidad de este ideal. En ello, se encuentran dos aspectos claves a tomar en cuenta. En primer lugar, que pese a que Miguel mostraba cierto interés por Pancho, lo hacía desde una perspectiva paternalista. Debido a que esta perspectiva se encuentra sesgada por la existencia de jerarquías sociales – que se establecen a partir de la raza como un factor determinante –, entonces, se evidencia que (de antemano) las relaciones se habían instaurado sobre un orden colonial que no solo no es abolido al final, sino que nunca se pretendió tal finalidad. De esta manera, se demuestra que la actitud del protagonista hacia Pancho, si bien se guía por cierto afecto, se encuentra inscrita en un entramado de relaciones en las que el último se ubica en una posición inferior a la de él. En segundo lugar, habría que anotar que, aunque, en un inicio, Miguel dejó de lado dicha jerarquía, al final, se resigna y se subordina al status quo.

La simpatía que siente por el niño, lo lleva a dejar de lado prácticas racistas y clasistas, características de su entorno. Tal vez, no deja de ser desprejuiciado, pero, al principio, se encuentra en conflicto con el discurso y el comportamiento del orden hegemónico –los representantes de dicho orden, en este caso, serían Dora y el presidente del club –. Esta pretendida emergencia, lejos de presentarse como una máscara, como una performance o como una contestación a las acciones de la clase hegemónica, responde a ciertos principios. En relación a ello, lo primero que habría que anotar es que la forma en que actúa no es voluntariamente fingida. No obstante, “... al erguirse en defensa de la honradez y la justicia, Miguel se ve frustrado por las sórdidas maquinaciones de una clase lo suficientemente poderosa para manejar el aparato social en beneficio propio” (Higgins 1991: 70). Aquel residuo propio de su clase irrumpe en el presente de manera inconsciente.

El joven arquitecto, de alguna manera, se enfrenta al discurso hegemónico. Sin embargo, conforme se van presentando más trabas, la posición de Miguel va menguando hasta que, finalmente, se ve ante la “prueba de fuego”. Cabe anotar que uno de los obstáculos que minan la línea de acción que este protagonista estaba siguiendo reside en el hecho de que, dentro de este embrollo, se encuentra involucrada la familia. La denuncia, en caso de que Miguel la presentase, es a un pariente político. Es evidente que además, por el carácter de su esposa, Miguel debe de pensar muy bien antes de tomar una decisión. Me parece

importante considerar estos aspectos debido a que permiten entender a cabalidad la posición en la que se encuentra el protagonista.

Al final del relato, el discurso inaugurado por el arquitecto, aquel que se erigía como una propuesta de tono liberal, queda solo en la superficie. De esta manera, si Miguel representaba un nuevo liberalismo burgués, la facilidad con la que cede sus principios demuestra que ese liberalismo se encuentra solo en la superficie. Al no haber sido interiorizado, puede ser rápidamente descartado, dejando a la luz los vestigios de la ideología de su clase.

A partir de desenlace, se puede concluir que, para Ribeyro, los prejuicios⁶ – entendidos como la materialización cognitiva de conductas fundadoras de un patrón de interacción social (Portocarrero 1995: 71) – han sido internalizados por el individuo y persisten, aunque este no se haya dado cuenta. Al fin de cuentas, termina por incorporarse al sistema de relaciones jerárquicas que prima en la sociedad. Es por ello que, previamente, se mencionó el carácter arribista que exponía el comportamiento del protagonista y su esposa. Llegado a este punto, es importante enfocarnos qué entendemos por arribismo y cuáles son sus implicancias.

Con “arribismo”, se alude al fenómeno social que consiste en querer ascender social y/o económicamente. Hay que anotar que, la mayor parte de las veces, los factores sociales y los económicos se encuentran estrechamente relacionados, de manera que uno conlleva o implica al otro. Sin embargo, el deseado ascenso no necesariamente se logrará mediante el esfuerzo propio, sino a través del contacto interesado con otras personas de un nivel social superior. Por ejemplo, una persona arribista sería aquella que, siendo de condición media, se casa con una alguien de clase alta, solo con el afán de ascender socialmente. Otro ejemplo es aquel que busca amistad con personas que pertenecen a un status superior, solo con el fin de insertarse en un círculo superior al suyo.

Miguel y Dora reproducen este patrón de comportamiento, constituyéndose así en la representación del surgimiento de una clase social “arribista”, que busca escalar posiciones

⁶ En *Racismo y mestizaje*, Gonzalo Portocarrero entiende la palabra “prejuicio” como “...la internalización de un esquema de comportamiento” (1993: 71). En otras palabras, sería una idea constituida a través de las prácticas que rigen las relaciones sociales.

al interior del poder. Este ascenso – cabe anotar – se está consiguiendo de manera gradual. Gracias al parentesco entre Dora y el presidente del club, ella y su esposo han ido insertándose en esta élite hegemónica: han conseguido ese terreno en el valle a un precio “casi regalado”, Miguel se encargará de la construcción del nuevo bar del club – el cual es solo uno de los muchos “proyectos de envergadura” que se avecinan en el futuro del joven arquitecto –.

Las intenciones arribistas de la pareja son enfatizadas en determinados puntos de la trama:

“ – ¿Has traído algún traje decente? Creo que debemos ir al club esta noche.

Dora le echó una mirada maliciosa:

- ¿Algún proyecto entre manos?” (Riberyo 2005: 242)

A través de este diálogo se vislumbra la existencia de una intención que subyace a las acciones del protagonista. Ello se intensifica aun más, debido a que – a lo largo del relato – se le ha hecho manifiesta al lector la antipatía que siente Miguel hacia el tío de su esposa. Dicha antipatía se hace explícita a través de referencias sutiles que hace el protagonista sobre la personalidad del presidente – como que es “un poco hablador” (Riberyo 2005: 241) – o a partir de ciertos comentarios del narrador, quien explicita la incomodidad de Miguel ante de ciertos comportamientos de su familiar político – “Para cortar el discurso que se avecinaba, Miguel aludió a los chicos” (Riberyo 2005: 241) –. De esta manera, se resalta que la relación entre el arquitecto y el presidente, lejos de fundarse en la empatía, se sustenta en el utilitarismo. Miguel sabe que esa será una relación beneficiosa y les permitirá convertirse en “gente de posición, de influencia” (Riberyo 2005: 240).

Frente a este escenario, la muerte de Pancho se presenta como una amenaza tanto para el protagonista como para su pariente político, puesto que pone en cuestión el vínculo que hay entre estos dos personajes. El lazo entre Miguel y el presidente peligra si es que el primero opta por denunciar la muerte del niño y la negligencia del club. Si bien esta maquinación no se le presenta explícitamente al lector, el desenlace del cuento devela el verdadero carácter del protagonista. Este, lejos de asumir el discurso que se vislumbraba al inicio del relato, termina por incorporarse al discurso hegemónico. La coexistencia de estos dos discursos – un discurso que vislumbra principios democráticos y el discurso racista – responde a la

existencia de una dinámica entre los valores emergentes y el residuo propio de la clase. La decisión final de Miguel expondrá el retrato de una clase media emergente que no solo carece de un discurso propio, sino que se adhiere al discurso hegemónico.

De este modo, las relaciones que se entablan en este cuento se erigen sobre la raza como un elemento utilizado para subalternizar o ser subalternizado. La muerte de Pancho se limita a ser “una lástima”, debido a que no pertenece al grupo de “gente chic”.

Contrapuesta al discurso y las acciones del presidente, la lucha de Miguel por denunciar la negligencia de este suceso se presenta como un acto ingenuo y sin sentido. A lo largo del relato, el lector será testigo de las múltiples frustraciones del protagonista en su intento por salvar al niño. Ello se pone en boca del médico de la Asistencia Pública quien – al ver el cuerpo inerte de Pancho – le dice: “No vale la pena. Probaremos, en fin, si usted lo quiere”. Una frase como esta resalta dos puntos. En el plano denotativo, es la afirmación de que el niño ya ha fallecido y, por ello, ya no vale la pena intentar salvarlo. No obstante, en el plano connotativo, podría estar aludiendo a que no vale la pena atender a Pancho, dada la posición que ocupa en la sociedad.

La ingenuidad de Miguel termina de afirmarse al enfrentarse al presidente del club. El protagonista parece que va a mantener su posición inicial, pese a que ello implica el desafío de un orden establecido. Sin embargo, no solo no lo logra, sino que deja un mensaje: este tipo de desafío es fútil. El presidente está inserto en el sistema y sabe que, por la forma en que las relaciones están determinadas en la jerarquía social, tiene las de ganar. Habría que resaltar que sabe que va a ganar, debido a que conoce los medios a través de los cuáles puede asegurarse esta victoria. Estos medios, que son corruptos, son posibles gracias a la posición en la que se encuentra; es decir, por ser una persona con contactos, influencia, dinero y ser blanco. En ese sentido, la impunidad, dentro de este marco, encuentra cabida en aquellos que tienen los medios para obtenerla. Ello, cabe anotar, demuestra el ilimitado poder del grupo hegemónico.

Al final del relato, Miguel se da cuenta de que no puede hacer frente a ello, y decide tomar el camino de la resignación. Se resigna a que las cosas son así y no van a cambiar, por lo que abandona la lucha contra los principios hegemónicos y, con ello, los valores

progresistas que dejaba entrever a lo largo del cuento. En ese sentido, la resignación será la aceptación de los valores de su clase que, de esta manera, demostrarán que siempre estuvieron ahí, pese a que se habían encubierto bajo un pretendido discurso emergente. El paso del ímpetu inicial, a partir del cual buscaba denunciar una injusticia, a dicha resignación presenta el mensaje subliminal del cuento: la permanencia de un orden colonial como base estructural de las relaciones sociales. Miguel resaltaba debido a que era el único que seguía luchando. Desde Dora hasta el médico de la posta, habían asumido la existencia de un orden establecido⁷ que regía las relaciones sociales. Sin embargo, es esto lo que termina por inclinar la balanza: la soledad en la cual se encuentra Miguel jugará en su contra y lo llevará a seguir a los demás. El conformismo final del protagonista demuestra lo que los otros personajes habían estado afirmando a lo largo del cuento, que está de más seguir con esta lucha, puesto que, a fin de cuentas “la piel de un indio no cuesta caro”.

⁷ Cabe anotar que dicho orden tiene una base colonial.

Segunda parte: “De color modesto”

En este capítulo, haré un análisis del cuento “De color modesto”. Me centraré en la figura del protagonista, Alfredo. Al inicio del cuento, este personaje presenta una identidad desprejuiciada y “liberal”, lo cual lo distingue del entorno social en el que se mueve. Sin embargo, el relato lo posicionará en una situación límite, a partir de la cual, se evidenciará la fragilidad del discurso que, hasta ese momento, había sostenido. Ello, entre otras cosas, es un reflejo de la ambivalencia criolla, que oscila entre discursos encontrados – uno democrático y uno racista –. A lo largo de este análisis, abordaré dicho conflicto a la luz del contexto social en el que se enmarcan las relaciones de los personajes. Este es el de una sociedad que, al enfrentarse a este conflicto, desplazará las prácticas racistas del ámbito público a uno privado u “oculto”. Sin embargo, no implicará la eliminación de esta ideología ni su influencia en un orden colonial que rige la estructura social.

La trama del relato de Ribeyro es la siguiente: Alfredo se encuentra en una fiesta juvenil miraflorentina en la que no logra encajar. El lector será testigo del aislamiento social de este personaje que deambula de un lado a otro. Después de exhibir su soledad por toda la fiesta, Alfredo llega a la cocina, donde se encuentra con una sirvienta negra y termina bailando con ella. Ambos serán descubiertos por los asistentes de la fiesta, quienes harán explícita su indignación ante tal hecho. Finalmente, Alfredo y la negra son expulsados de la casa miraflorentina; no obstante, ello, lejos de detener su transgresión, la anima. El protagonista es invadido por un espíritu contestatario y es entonces que decide ir a caminar con la negra (cuyo nombre nunca sabemos) por el malecón miraflorentino. Ahí, ambos personajes tendrán un desagradable encuentro con la policía, que los detendrá, puesto que el que un joven blanco pasee en la oscuridad del malecón y, encima, con una negra solo puede consistir en un caso de prostitución, lo cual constituye “un delito a las buenas costumbres” y una violación del Código Penal. Una vez en la comisaría, Alfredo argumentará en contra de los prejuicios de estos defensores de la ley y, además, afirmará que esa mujer es su novia. Ello no solo despertará las risas de los policías, sino la astucia del oficial de guardia, quien le planteará “la prueba de fuego”. Si sus intenciones con la mencionada sirvienta son tan inocentes y no se trata más que de su novia, entonces, no deberían pasear en la oscuridad, sino en un lugar

público y más transitado. El trato que le propone es el siguiente: si va y pasea con su “novia” por el Parque Salazar – donde todos los pueden ver –, los dejará en libertad. Si bien el personaje había mantenido firmemente sus ideas, el lector podrá percibir cómo, conforme se acercan a la escena de la prueba, estas convicciones se van desvaneciendo. Sin embargo, no es hasta el último instante que se rinde. Una vez que se enfrenta a la mirada de la burguesía mirafloresina, Alfredo no resistirá la situación y, al cabo de unos minutos, abandonará a su acompañante.

A través de este cuento, se presenta el conflicto entre dos discursos opuestos que coexisten en el mismo ámbito y cuyas prácticas estructuran las relaciones sociales. Sin embargo, el desenlace develará la predominancia de uno, un discurso que se basa en la raza para erigir la dominación. Dentro de este marco, el rol de Alfredo es resaltante, puesto que él se presentará como la oposición al discurso racista – que es el dominante – y, más bien, encarnará un discurso progresista, que podría ser la propuesta de un nuevo proyecto nacional, uno integrador e igualitario. Al inicio, este personaje niega la pertinencia del discurso racista y, de esa manera, afirma la validez de la ley pública (Taller 1998: 74). Alfredo propugna nuevos valores – tales como los democráticos, la no discriminación, entre otros – y niega aquellas determinaciones propias de su clase – como lo es el racismo –. No obstante, termina actuando en oposición a su postura inicial. De este modo, el final del relato no solo manifiesta la coexistencia entre dos discursos encontrados – uno democrático y uno racista –, también, devela que existen identificaciones étnicas que constituyen y fijan las relaciones de poder. A pesar de la propugnación de una ley pública, caracterizada por un discurso democrático, dichas identificaciones aún no han sido eliminadas, solo han sido enterradas en el inconsciente. Ello se aprecia claramente a través del personaje de Alfredo, quien se encuentra inmerso en un proceso que implica la represión de sentimientos racistas, pero que no supone la superación de estos últimos. Debido a esto, en una circunstancia determinada, el discurso racista puede aflorar en el proceder de un individuo.

En relación a ello, es importante anotar que el actuar emergente del personaje, en algunos casos, responde más bien a una forma contestataria frente al comportamiento y la ideología del discurso oficial, hegemónico. Desde esa perspectiva, la propuesta de Alfredo no se reduce a lo nuevo, sino que implica una ruptura, una oposición a la hegemonía.

En este capítulo, lo que me interesa es observar la forma en que se establecen las relaciones sociales y de poder, y cómo estas se sostienen sobre una base racial. No obstante, es importante anotar que, en este caso, se podrá, además, observar un correlato entre raza y clase social. Esto será analizado a partir de lo que Aníbal Quijano denominó “la colonialidad del poder” y cómo dicha colonialidad permitió una distribución racial del trabajo. Para abordar estos temas, por un lado, me centraré en la forma en que el protagonista se relaciona con su entorno, así como el modo en que este es percibido por sus pares. Por otro lado, me enfocaré en cómo se estructura la relación entre Alfredo y la negra. Sobre este punto, también, desarrollaré cómo la élite hegemónica – representada por los asistentes de la fiesta – percibe esta interacción.

Antes de esto, realizaré una breve contextualización y, luego, explicaré cómo es la sociedad en la que se despliegan estas relaciones. Esto último lo haré en base al entorno en el que se desenvuelven los personajes, que es el espacio de la fiesta.

Al inicio del relato, Alfredo se encuentra en una fiesta de la clase media alta miraflorentina. Pese a las referencias de su pertenencia a esta clase social, es evidente que siente cierta incomodidad ante este entorno. El aburrimiento y su manifiesto tedio hacia dicho ambiente revelan que el protagonista carece o se resiste a las cualidades necesarias para desenvolverse en él.

La fiesta se constituirá como el espacio inicial en el que se entablan las relaciones entre los personajes y en el que se perfilan estas subjetividades. A partir del retrato de los asistentes a este evento, es posible analizar el discurso y las prácticas propias de esta clase social hegemónica que se interrelacionan mediante lo que Guillermo Nugent denomina el “choleo”. Para abordar este tema, es necesario remitirnos a la fórmula del “+1, -1”, que es una de las propuestas de este sociólogo para el análisis de las relaciones de poder al interior de la sociedad peruana. Esta dinámica debe ser entendida dentro del marco de lo que Julio Cotler designó como el “pensamiento criollo”. Comenzaré con este punto.

En *Clases, Estado y nación*, Cotler realiza un análisis de la historia del Perú a partir de lo que ha denominado la herencia colonial. De este modo, va observando cómo, durante el desarrollo de la Colonia, se van gestando ciertos discursos y ciertas ideologías. Este

sociólogo señala que, en este período, se constituye una aristocracia criolla, cuyo posicionamiento – económico y social – se sostendrá en la dominación sobre el indígena. De este modo, se construirán y fijarán relaciones de poder fundamentadas en la supuesta inferioridad del indio. En ese sentido, cualquier tipo de desarreglo o movilidad al interior de la estructura jerárquica será visto por la élite criolla como una amenaza a la ubicación privilegiada que ocupa en la escala social. Ello permite visibilizar que el orden colonial hallará su continuidad en el pensamiento criollo.

Lo que habría que anotar es que, con el transcurso del tiempo, estas jerarquías sufrirán algunos cambios. Sin embargo, es importante resaltar que dichos cambios no implicarán la supresión de una ideología de carácter colonial, sino su adaptación al nuevo contexto. La noción de que la estructura jerárquica debe ser inamovible encontrará diversos mecanismos que permitirán su conservación.

Este marco histórico permite construir el perfil de la élite hegemónica retratada en este cuento. A lo largo del capítulo, se irán presentando las manifestaciones de este discurso y prácticas constituidos en la Colonia. De esta manera, podrá verse que se ha mantenido la herencia colonial en el entorno social de Alfredo. Asimismo, podrá entenderse el rechazo que este despertará en su propia clase social. Este será el siguiente punto a tratar.

Frente a esta clase social caracterizada por un pensamiento cerrado y excluyente, y que busca la permanencia de las jerarquías – y, por ello, condena la movilidad social y la indefinición de las castas, puesto que implican una amenaza para esta estructura –, Alfredo se presenta como un transgresor, un disidente. Se constituirá, entonces, como un personaje que resalta entre la masa. En ese sentido, lejos de exponerse como un representante de su entorno social, destaca por su diferencia. Ello se manifiesta de dos maneras.

En primer lugar, esta distinción con respecto a su clase social se funda en que Alfredo no encaja con el modelo del “deber ser” que esta élite propugna. El protagonista no cumple con los requisitos convencionales de su entorno, puesto que no ostenta los signos burgueses establecidos (Higgins 1991: 41) – como lo son el trabajar, tener novia, poseer un carro, entre otros –. La carencia de estos signos, que son los esperados en el medio en el que se desenvuelve, lo destaca como una persona que no encaja en el molde de su clase. En cierto

modo, podría decirse que, pese a haber nacido en este ámbito y haberse constituido en él, Alfredo ha desarrollado una subjetividad aislada y cuyo proyecto personal difiere de aquel propuesto por el espacio burgués.

En relación a ello, habría que resaltar que esta falta de adaptación no responde a una falta de conocimiento. Es decir, no es que Alfredo desconozca las convenciones sociales de su clase; está familiarizado con ellas y, del mismo modo, es consciente de que no las cumple. Ello, además, perfilará como una de las razones por las cuales el protagonista evita asistir a esta clase de eventos. El narrador resaltaré este punto cuando señala: “Alfredo, sin las cualidades de los unos ni de los otros, pero con todos sus defectos, era un ser condenado a fracasar infaliblemente en este tipo de reuniones” (Riberyo 2005: 303). A lo largo del relato, se presentará cómo la carencia de estos signos burgueses enfatiza el contraste entre este personaje y la congregación miraflorentina reunida en la fiesta. Ello se verá desde discrepancias tan superficiales como el gusto por la música hasta cuestiones que tienen un trasfondo ideológico.

A través de la diferencia de este personaje en relación a los otros, se evidenciará no solo que no se encuentra en su ambiente, sino que está en uno que le causa cierta incomodidad y tedio. Ello se resalta cuando se alude a la llegada de Alfredo a la fiesta: “Al poco tiempo comenzó a aburrirse y se preguntó para qué había venido allí” (Riberyo 2005: 303). El narrador será aún más explícito e indicará: “Él [Alfredo] detestaba las fiestas...” (Riberyo 2005: 303). Debido a esto, “un hombrecillo de corbata plateada”, conocido de Alfredo, se sorprenderá al verlo en medio de la concurrencia: “Pero, ¿qué haces aquí, hombre? Un artista como tú...”. De esta manera, se hace explícito que el protagonista no suele asistir a este tipo de eventos y que, como explicará más adelante, la razón por la cual se encuentra en este es para acompañar a su hermana.

Conforme transcurre el relato, el aislamiento social de Alfredo irá *in crescendo*. Será tildado de “viejo” por desear un bolero, en lugar de mambo; Elsa, la dueña del santo, pasará olímpicamente obviando su presencia; ni siquiera el grupo de feos le prestará atención. Sin embargo, el episodio en el que se destacará que Alfredo es un marginal al interior de su clase ocurre cuando este se reencuentra con una antigua amiga, Corina. Gracias a ella, el protagonista logrará introducirse en un círculo de jóvenes. Cabe anotar que, pese a ello, es

evidente que lo hace muy a su pesar. La razón por la cual Alfredo intenta – sin éxito – relacionarse con los demás reside en el tedio y el aburrimiento, así como la incomodidad que le genera ese ambiente. No por ello dejará de sentir cierta aversión hacia este entorno.

El narrador manifiesta el juicio que tiene el protagonista de sus pares una vez que este empieza a hablar con Corina y sus amigas: “Las cinco copas de ron lo frivolizaban lo suficiente como para responder a la andanada de preguntas estúpidas” (Riberyo 2005: 306). De esta manera, se ha expresado la percepción que tiene Alfredo del ambiente en el que se encuentra: un ambiente que ha sido adjetivado a través de las palabras “frívolo” y “estúpido”. No obstante, así como él se siente parte del entorno, se podrá observar que su entorno tampoco lo adoptará como miembro. Esto último, puesto que, como se mencionó previamente, Alfredo no cumple con los signos que caracterizan a esta clase mirraflorina. Ello se confirma dos veces en la misma escena a través de la interacción entre Alfredo y el grupo de amigos de Corina.

En un principio, el grupo demostrará cierto interés hacia el protagonista, quien comienza a contestar algunas preguntas, sobre su carrera y sus ocupaciones. Alfredo, rompiendo esquemas, ha dejado la carrera, no trabaja y, encima, se dedica a pintar. Al inicio, esto es visto con cierta admiración. Sin embargo, esta no se mantendrá por mucho tiempo. La primera caída del personaje ocurre cuando una mujer le pregunta si se puede vivir de pintar, frente a lo que él contesta “No sé a qué le llamará usted vivir... Yo sobrevivo, al menos” (Riberyo 2005: 306). Con ese parlamento, Alfredo despierta en su auditorio lo que el narrador llama “un silencio ligeramente decepcionado”. No obstante, se presenta una segunda oportunidad para “brillar”. Aparece un joven que está organizando un paseo a Chosica. Este invita a Alfredo, pidiéndole que lleve a dos chicas en su carro, pero Alfredo no tiene carro. Esta constituye su segunda caída. La siguiente anotación del narrador es realmente significativa: “Un hombre de veinticinco años que no tuviera carro en Lima podría pasar por un perfecto imbécil” (Riberyo 2005: 307). Ello se refleja en la reacción de aquellos que lo rodean. “La morena se mordió los labios y observó con *más atención el terno, la camisa de Alfredo*. Luego le volvió lentamente la espalda” (Riberyo 2005: 307, las cursivas son mías). A partir de este momento, el protagonista vuelve a la posición que lo distancia de los demás y se aleja del grupo.

En este pasaje, el lector es testigo de cómo se reproducen las relaciones de poder al interior de una misma clase social. Esta dinámica ya había sido observada por Cotler mediante la herencia colonial. El sociólogo resalta cómo, si bien la relación entre los estamentos estuvo marcada por la dominación de unos y la subordinación de los otros, esto se reprodujo al interior de cada estamento, proyectando las mismas funciones, símbolos y valores. Tal es el caso de la discriminación que sufre Alfredo por parte de este círculo de jóvenes.

En este esquema de relaciones, se puede apreciar la aplicación de un modelo de discriminación que Nugent denominó el “+1, -1”. El “+1, -1” constituye, según este autor, un mecanismo de dominación alternativo. Gracias a este, el pensamiento criollo encontró una forma de cumplir con las necesidades de jerarquización que se habían visto amenazadas cuando las fronteras entre identidades raciales se fueron disolviendo. En otras palabras, con el mestizaje, el ordenamiento social que se apoyaba en las identidades étnicas para ubicar al individuo en una posición jerárquica se vio debilitado. En respuesta a ello, surge el “+1,-1”, un modelo que se presentó como la solución a los estragos que sufrió la estructura estamental como consecuencia de la indefinición de ciertas categorías producto del mestizaje. Este modo genérico de discriminación se sirve de elementos que son asociados a un determinado estrato social para poder clasificar a los miembros de una sociedad. En esa medida, entran a tallar signos de carácter clasista como el nivel económico, la ocupación laboral, el lugar de origen, etc. Debido al nuevo contexto en el que se despliegan las relaciones sociales y de poder, estos elementos “no-criollos” serán los más apropiados para la nueva categorización que permitirá la estructuración social.

A través del “+1,-1”, se puede entender un comportamiento distintivo de la sociedad peruana y, específicamente, de la limeña. Nugent señala que las identidades de los peruanos y su posicionamiento en una escala jerárquica se miden a partir de la relación y comparación con el otro. En esa medida, cuando un sujeto se ve ante otro, analizará determinados aspectos que permiten dar cuenta del nivel socioeconómico de aquel con el que interactúa. Desde esa perspectiva, en dónde nació, en qué lugar reside, cómo es su casa, a qué colegio fue, entre otros, serán elementos importantes para definir al otro y, a partir de ello, determinar si es que ese otro es superior o inferior.

La importancia de este esquema es que aúna los elementos clasicistas con los criterios raciales. Ello, cabe anotar, posee un carácter situacional, puesto que la posición del individuo puede variar de acuerdo al contexto y espacio en los que se desenvuelve. En otras palabras, alguien que, en determinadas circunstancias, se erigió como superior – +1 –, podría, en otras circunstancias, pasar a ocupar una posición inferior – -1 –. No obstante, el punto a resaltar es que la base sobre la cual fundamentará su poder residirá en la ostentación de determinados signos – generalmente, asociados al ámbito de la élite y que denotan un nivel económico elevado–. Esto ocurre, debido a que, al no tratarse propiamente de un régimen estamental colonial, no se podrá partir de una identidad étnica fija. De modo que, “lo que subsiste es un difuso principio de orientación social que no logra a cabalidad la estigmatización étnica. *El que es menos y el que es más en una interacción, no tiene garantizada por siempre esta posición*” (Nugent 1992: 83). De esta manera, se resalta que, en primer lugar, la discriminación no se reducirá a una base racial – una estigmatización étnica –; en segundo lugar, que, debido al carácter situacional de esta modalidad de discriminación, el individuo no tiene una posición asegurada.

Esta dinámica de relaciones de poder que se estructuran a través de un “+1, -1” se ve representada a través de Alfredo y el círculo social de Corina. Alfredo, como se señaló previamente, será objeto de discriminación por parte de este grupo de jóvenes. Sin embargo, dicha discriminación no descansará sobre una base racial. La razón por la que el protagonista será visto como un inferior radica en la carencia de los signos característicos de su clase. La ausencia de dichos signos lo posicionará en un nivel inferior en la jerarquía de poder en relación a aquellos que lo rodean. Esto se manifiesta cuando uno de los amigos de Corina lo invita a ir a un paseo a Chosica y le pide que lleve a dos chicas con él en su carro. Ante este pedido, Alfredo contestará que no tiene carro. La reacción de su auditorio y la anotación del narrador reflejarán este tipo de discriminación: “El calvo lo miró perplejo, como si acabara de escuchar una cosa absolutamente insólita. Un hombre de veinticinco años que no tuviera carro en Lima podría pasar por un perfecto imbécil” (Ribeyro 2005: 307). La escena descrita a continuación hará más explícito la inferioridad del protagonista, en relación a sus pares: “La morena se mordió los labios y observó con más atención el terno, la camisa de Alfredo. Luego le volvió lentamente la espalda” (Ribeyro 2005: 307). De esta manera, se vislumbra que cómo el no ostentar ciertos elementos – como

determinado tipo de vestimenta, tener carro, entre otros – lo posicionará en un nivel inferior al de sus pares. Cabe recordar que, en este caso, los signos requeridos se relacionan con un nivel socio-económico y no aluden a una base racial, como ocurrirá más adelante.

La segunda forma en que Alfredo reafirma su carácter disidente – hace explícita su diferencia en relación a su entorno – es mediante sus acciones. El punto de partida inicia cuando baila con la sirvienta negra. Esto es resaltante, puesto que representa una clara violación al código social. Alfredo interactúa con esta mujer como si se tratara de una relación de igual a igual, dejando de lado las divisiones al interior de la estructura social. Habría que anotar que la barrera que debería separar a estos personajes – “debería”, porque la acción del protagonista es opuesta – es tanto racial como social. En otras palabras, estos personajes no solo pertenecen a clases sociales diferentes, sino que se distinguen racialmente. Esta delimitación entre clases y razas tendrán un correlato que abordaré más adelante.

Volviendo al tema de la transgresión del protagonista, se debe recalcar el carácter de ruptura que este implica. Previamente, se había explicado cómo se distinguía de los demás por la falta de ciertos signos propios de su clase. En este caso, la diferencia se manifiesta a través del comportamiento del personaje, que establece una ruptura con su entorno. El bailar con la negra y salir con ella son, en este caso, una forma de mostrar la superación los valores de su clase social (Moreno 1985: 17). Esta forma, que implica la violación del orden establecido – un orden cuya base posee una estructura estamental –, perfila una identidad transgresora que, conforme suceden los hechos, irá *in crescendo*.

Ello lo explica Higgins, quien señala que “Al burlarse de la reacción escandalizada de sus pares y luego al indignarse ante la actitud de los policías, Alfredo ostenta una actitud liberal que parece indicar que de hecho ha repudiado los valores y actitudes de su clase” (1991: 42).

Un tema significativo es el carácter contestatario de esta actitud. El progresismo encarnado por el protagonista no solo propone un nuevo discurso, sino que se erige en oposición al discurso existente, el hegemónico. Ello, además, implica un desafío frente a las

generaciones anteriores. Esto se evidencia cuando Alfredo decide pasar frente a la casa de sus padres ostentando la compañía de la sirvienta.

Una vez que es expulsado de la fiesta,

[Alfredo] Estaba otra vez al lado de su casa. Pasado su brazo sobre el hombro femenino [el de la negra], se apoyó en el muro y quedó mirando por la ventana, donde su padre continuaba leyendo el periódico. Alguna intuición debió tener su padre, porque fue volteando lentamente la cabeza. Al distinguir a Alfredo y a la negra, quedó un instante perplejo. Luego se levantó, dejó caer el periódico y tiró con fuerza los postigos de la ventana. (Ribeyro 2005: 312)

Esta escena es interesante, puesto que demuestra el afán contestatario de la acción del joven. Ello se resalta en el carácter premeditado de esta. De manera sutil, el narrador indica que Alfredo sabía que su padre estaría ahí: “Desde que tenía uso de razón había visto a su padre a la misma hora, en la misma butaca, leyendo el mismo periódico” (Ribeyro 2005: 311). De este modo, no cabe duda de que el protagonista busca – y logra – enfrentar al orden establecido, en este caso, encarnado por su padre. En ese sentido, se afirma que, para Alfredo, la transgresión del discurso oficial es voluntaria y deliberada.

Sin embargo, un punto importante acerca de la ruptura que parece instaurar Alfredo es su carácter aislado. El discurso emergente del protagonista – estos nuevos principios y las mismas acciones de oposición y ruptura que ejecuta – no será avalado por ningún otro personaje – ni por los invitados de la fiesta, ni por su familia, ni por los policías –. La falta de aliados y la multiplicidad de antagonistas será, en parte, la causa de su fracaso final. Ello, además, refleja cómo esta noción que ve como imposible la relación entre individuos que “no son iguales” ha permeado en diversos niveles de una sociedad que se ha escindido en dos. Por una parte, se encuentran aquellos que desean mantener un orden jerárquico que delimite el lugar de los individuos e impida, de este modo, su movilidad social. Por otro lado, están aquellos que han interiorizado esta estructuración y actúan bajo su molde. Dentro de este marco, resalta el aislamiento del protagonista, quien no está ni con unos ni con otros; y que, además, actúa en oposición a ambos grupos. Este carácter disidente es el punto de conflicto y el que generará el rechazo de los demás, puesto que pone en cuestión la división jerárquica que rige la sociedad.

De esa perspectiva, la interacción entre Alfredo y la sirvienta se constituye como una amenaza al orden establecido. El baile y su posterior paseo por el malecón ponen en tela de juicio el discurso hegemónico que marca la imposibilidad de reunión entre individuos diferentes entre sí. Sin embargo, como anoté previamente, esta diferencia es bastante compleja, puesto que la barrera que separa a estos dos personajes está constituida por dos variables: una social y una racial. Ello responde a que, en el Perú – y en América Latina, en general – existe un correlato entre raza y clase.

Esta asociación entre dos formas distintas de clasificación se expresan a través de uno de los personajes: la negra.

La importancia de este personaje es que encarna esta doble subalternidad, puesto que no solo es negra – lo cual implica un posicionamiento racial inferior en relación a los demás personajes –, sino que su ocupación laboral es la servidumbre doméstica. Desde esa perspectiva, se presentan dos elementos a partir de los cuales puede ser objeto de discriminación. Por una parte, ser de una de las razas consideradas como inferiores; por otra parte, ocupar un lugar subordinado en la escala social, el ser una sirvienta.

De esta manera, se puede observar que el patrón de poder que forma parte de este cuento está constituido por dos criterios de clasificación social: raza y trabajo. No obstante, como señala Aníbal Quijano en “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, el núcleo central de este patrón de poder se apoya en la raza. El punto a anotar es que, si bien esta constituyó un primer criterio clasificatorio que permitió la distribución de la población en ciertos rangos, lugares y roles – en la estructura de poder de la sociedad –, no fue ni es el único. Quijano señala cómo, con el transcurso del tiempo, las formas de control y explotación del trabajo y de la producción se articularán al capital y al mercado. A partir de ello, se configurará un nuevo patrón de control del trabajo y, de este modo, un nuevo patrón de poder, que reunirá las formas de control del trabajo como la esclavitud, servidumbre, producción mercantil, reciprocidad, salario, etc. Este segundo criterio de clasificación social establecerá un correlato con el primero: la raza.

El punto a resaltar es que la coexistencia de estos dos criterios coexistentes será la característica principal del patrón de poder actual. Esto implica que las identidades

históricas construidas sobre la idea de raza se verán asociadas a la naturaleza de los roles y lugares en la nueva estructura de control del trabajo. Es decir, raza y ocupación laboral – posición en la estructura social – establecerán un correlato y, además, se reforzarán mutuamente (Quijano 2000: 20). Esta asociación es la que conformará la nueva tecnología de dominación y explotación y es lo que Quijano denominará la “sistemática división racial del trabajo”.

Este nuevo patrón de poder se puede observar claramente a través del personaje de la negra.

De este modo, se evidencia que no es un hecho fortuito trabajar como sirvienta. Esta manifestación de la distribución racial del trabajo hará énfasis en que la subalternidad de la negra reside tanto en el aspecto racial como en su condición social, puesto que ambos elementos se imbrican y afirman mutuamente.

En ese sentido, se observa cómo este personaje encarna al subalterno desde todas sus aristas. No solo es inferior desde el punto de vista racial; también lo es desde una perspectiva social y económica. Como habíamos visto previamente, Alfredo, pese a ser un joven perteneciente a la clase burguesa mirafloresina, fue objeto de discriminación por no ostentar los signos que le corresponden a alguien de su entorno social. Sin embargo, él puede no tener trabajo, no tener novia y no tener carro – carencias que explican que se convierta en un marginal dentro de su clase –, pero, igual, pertenece a una clase social privilegiada. Además, no se debe dejar de lado el factor racial. En una relación de poder entre él y la negra, él es superior; y esta base de este poder podría sostenerse exclusivamente en el color de piel. Como señala Quijano, pese a que se ha establecido una asociación entre raza y los mecanismos de control y explotación del trabajo, estos dos criterios no necesitan del otro para una dominación efectiva. Es decir, cada uno, de manera independiente, ya se constituye como una forma de dominación. Si bien Nugent señala que esta estructuración de las relaciones de poder se basa en elementos clasistas, es importante resaltar el papel fundamental de la raza en esta misma.

Si bien se ha visto que, en el caso de la sirvienta, su subalternidad se conforma por la conjunción de la raza y su ubicación en la división social del trabajo, esta se apoyará, sobre todo, en el aspecto racial. Ello devela la importancia del factor de la raza en la constitución

de una jerarquía social, lo cual es más resaltante en un país como el Perú, en el que la clase está constituida desde la raza.

Un claro ejemplo de cómo las clases y, con ello, las ocupaciones y roles están racializados en la sociedad peruana se manifiesta en el encuentro con los policías.

Estos representantes de la ley detienen a Alfredo y la sirvienta en el malecón, debido a que piensan que la última es una “polilla”. Los policías realizan esta deducción, debido a que sería la única forma de explicar por qué el protagonista, un joven miraflorentino y blanco – sobre todo –, está caminando con una negra. En esta escena, es evidente que lo que ha permitido esta inferencia no es la clase social o la ocupación laboral, puesto que son aspectos que más difíciles de percibir que el factor racial. En ese sentido, la visibilidad del elemento racial facilita la clasificación de los individuos en una estructura social. Esto se hará explícito mediante la respuesta que recibe Alfredo cuando les pregunta – a los policías – por qué esa mujer no podría ser su novia. El argumento se expondrá sin ningún titubeo y como una verdad universal: “Porque es negra” (Ribeyro 2005: 313). De este modo, se hace manifiesta – y de manera tajante – que la raza es un núcleo al cual se han asociado determinados roles, signos y valores. Asimismo, se evidencia cómo el discurso hegemónico antes propugnado por la élite – aquel que sustenta las divisiones entre clases y condena cualquier interacción que se presente como igualitaria – ha calado en otros sectores de la sociedad. La interiorización de este discurso, además, implica la naturalización del vínculo entre raza y clase. Esto es lo explicaría la inferencia que está detrás de la respuesta del policía: puesto que la mujer es negra y él es blanco, no pueden ser novios, entonces, la única forma de explicar que estén caminando juntos – en una relación que no implica dominación y subordinación – es que ella sea una “polilla”. Esta afirmación se corrobora en el siguiente parlamento: “Con una *persona de color modesto* no se viene a estas horas a mirar el mar” (Ribeyro 2005: 116, las cursivas son mías).

La utilización de este eufemismo refleja el deseo por atenuar la función del elemento racial en esta deducción prejuiciosa. En otras palabras, el no mencionar directamente la raza es una forma de encubrir el papel que esta juega en la ideología y en las prácticas de los individuos. De este modo, se perfila la existencia de un racismo oculto y las dinámicas sobre las que se apoya.

Con el surgimiento de la democracia y el arraigo del discurso democrático, el país sufre un cambio de paradigma, puesto que emergen un nuevo discurso y valores que afirman la igualdad y propugnan la abolición de jerarquías, que, cabe recalcar, contrastan con el pensamiento que imperaba previamente. No obstante, como señala Alberto Flores Galindo, el discurso democrático no implicará la supresión del pensamiento criollo – y la ideología racista y de carácter colonial que lo acompaña –. De este modo, la sociedad se ve ante una coexistencia cuasi-esquizofrénica entre dos discursos opuestos: uno democrático-liberal versus uno racista-conservador.

Frente a este cambio de paradigma, surgirán nuevos mecanismos de clasificación social – como el mencionado modelo del “+1,-1” –, así como ciertos discursos – como el artificial discurso del mestizaje – que permitirán encubrir la presencia del racismo al interior de la sociedad. En ese sentido, lo que ocurre – en respuesta al surgimiento de un discurso y prácticas democráticas – es traspaso del racismo, que se desplazará del ámbito público a un ámbito privado, y adoptará mecanismos que buscarán su invisibilización. Sin embargo, como es evidente, el velamiento del racismo no implicará su supresión.

El otro punto interesante en relación al eufemismo “de color modesto” reside en el significado que adquiere la combinación de estos dos signos. La unión del aspecto del color a la característica de la modestia – como adjetivo – refleja la correlación – ya mencionada – entre raza y clase. La modestia, en este caso, sería equivalente a humildad o austeridad. No obstante, no estaría adoptando el valor de virtud; más bien, estaría funcionando como una alusión al carácter económico y/o social de la negra, que se perfilaría como un ámbito de escasos recursos. En ese sentido, que el policía se refiera a este personaje como una persona de “color modesto” manifiesta la conjunción del aspecto racial (el color) con el de clase social.

Por su parte, que los ejecutores de este acto de discriminación sean policías – y no miembros de la élite – evidencia no solo la presencia de un racismo que ha permeado los diversos niveles de la escala social e impregnado a la sociedad en general, sino la naturalización de este discurso que ha invadido el ámbito cotidiano – solo que de una manera encubierta –. En este marco, la actitud y el proceder de Alfredo son vistos por todos los niveles de la sociedad como una desviación del modelo establecido. El carácter

aislado de este comportamiento se entrevé en el hecho de que, a fin de cuentas, nadie esté de su lado. Esta falta de aliados se manifestará de dos maneras. En primera instancia, en la fiesta, donde nadie lo apoyará. Por el contrario, será reprendido a través de críticas y la final expulsión de la casa miraflores. La reacción de su familia hará coro a la reprobación colectiva. La vergüenza de su hermana se manifestará en su rápida fuga de la escena armada en la fiesta. Asimismo, saldrá a relucir la ira del padre, quien “Al distinguir a Alfredo y a la negra, quedó un instante perplejo. Luego se levantó, dejó caer el periódico y tiró con fuerza los postigos de la ventana” (Ribeyro 2005: 115).

En segunda instancia, se observa la soledad del protagonista a través de la falta de credibilidad que demuestran los demás personajes. El primer ejemplo es el de los policías, quienes los detienen porque que un blanco pasee con una negra solo puede ocurrir si ella es una “polilla”. Como resaltará el oficial de guardia, tiene que tratarse de un delito, puesto que Alfredo está paseando en la oscuridad y, encima, con una negra. Cuando el joven vuelve a afirmar que la mujer es su novia, la respuesta del oficial no tarda en llegar: “No crea que soy imbécil... Yo también, aunque uniformado, tengo mi culturita” (Ribeyro 2005: 118). A través de estas palabras, sale a relucir claramente la falta de credibilidad del argumento del protagonista. El paseo por el parque Salazar será la prueba a la que se lo somete para, de esta manera, demostrar no solo que la sirvienta no es su novia, sino que ellos – y no Alfredo – son los que tenían razón. Ello hará hincapié en el carácter anómico del proceder de Alfredo.

Es tal la anomalía de su comportamiento que ni siquiera la negra termina de convencerse. El desenlace develará que, a fin de cuentas, el único engañado fue Alfredo, quien creyó que podía ir en contra del orden establecido. Sin embargo, esta posibilidad queda descartada una vez que este no consigue pasar la prueba a la que se enfrenta. Si hubiese paseado con la negra por el parque, habría podido instaurar un nuevo discurso, uno emergente, que fundara relaciones igualitarias entre los individuos de razas y clases diferentes. No obstante, como anticiparon los policías, ello es imposible. En contraposición al idealismo del protagonista, se entrevé el “pesimismo cultural” que ha penetrado los diversos estratos sociales.

La acción final demostrará que dicho pesimismo no es infundado. Alfredo era el único que creía que era posible que un blanco y una negra actúen a un mismo nivel y, mediante su fracaso, prueba que estaba equivocado. La resignación de su acompañante hará énfasis en la ingenuidad del protagonista. A diferencia de Alfredo, la negra no guardará ningún tipo de esperanzas. Ella ha asumido la forma en la que se han estructurado las relaciones de poder y conoce su lugar en la escala social. Por ello, le es más fácil anticiparse a los hechos. Cuando llegan al parque Salazar, la firme actitud del protagonista se verá atenuada e irá menguando poco a poco. Finalmente, llega el punto de quiebre.

Vio las primeras caras de las lindas miraflores, las chompas elegantes de los apuestos muchachos, los carros de las tías, los autobuses que descargaban pandillas de juventud, todo el mundo despreocupado, bullanguero, triunfante, irresponsable y despótico calificador. Y como si se internara en un mar embravecido, todo coraje se desvaneció de un golpe.

- Fíjate – dijo –. Se me han acabado los cigarrillos. Voy hasta la esquina y vuelvo. Espérame un minuto. (Ribeyro 2005: 119)

Alfredo no podrá ante aquel público *despótico calificador* y huirá humillado, “como si desde atrás lo amenazara una lluvia de piedras” (Ribeyro 2005: 119). De pronto, se dará cuenta de que ha actuado de la forma en que todos esperaban que hiciera. De antemano, se sabía que los policías esperaban que fallara en la prueba. Al voltear, será testigo de que ha reafirmado ante su acompañante que, en esa sociedad, no hay cabida para la barrera entre individuos pertenecientes a ámbitos distintos aún no ha sido abolida.

Al término del relato, el lector será testigo de la reacción de la negra, quien no se sorprende ante esta actitud, probablemente, debido a que no esperaba que sucediera algo distinto a ello. Esto lo resalta el narrador, cuando indica: “A los cien pasos [Alfredo] se detuvo en seco y volvió la mirada. Desde allí vio que la negra, *sin haberlo esperado*, se alejaba cabizbaja...” (Ribeyro 2005: 119, las cursivas son mías). De este modo, se evidencia, en primer lugar, que ella tampoco creía que Alfredo pudiera mantener el discurso liberal que tanto había defendido; en segundo lugar, que, de alguna manera, el triunfo del discurso racista era algo que se esperaba por la sirvienta, quien no se sorprende cuando el protagonista falla la prueba. En ese sentido, al igual que los policías, la negra ha asumido la

existencia de una estructura jerárquica que se presenta como inamovible y que es la que establece el rol de cada individuo al interior de la sociedad. Es en esta última revelación que radica la importancia del desenlace, que reafirma una verdad que ya era sabida por todos.

Al final, Alfredo choca con la realidad. Todo el idealismo inicial se ve menoscabado cuando no puede hacer frente a la prueba que se le presenta. Si bien, al inicio del cuento, en la fiesta, no pudo exhibir el espectáculo de su soledad, al final, no puede mostrar el espectáculo de su coraje y sucumbe ante la mirada burguesa (Moreno 1985: 18). Con su fracaso es que se elimina la posibilidad de un proyecto integrador que propugne el estatuto de relaciones igualitarias entre grupos raciales distintos. La lucha que el protagonista ha desarrollado a lo largo del relato termina con su triste derrota. De este modo, pareciera que el mensaje subliminal es el de un pesimismo cultural que impera en una sociedad escindida en dos: por una parte, una élite hegemónica que busca la fijación y conservación de jerarquías sociales que les permita mantenerse como grupo dominante, y, por otra parte, el resto de la sociedad, que ha asumido dicha estructuración de manera naturalizada, lo cual imposibilita la instauración de relaciones igualitarias.

Ello se corrobora cuando, Alfredo, además de someterse a los valores de su clase. Lamentablemente, el ámbito en el que este personaje se ha constituido, de algún modo, lo ha determinado. Alfredo ha interiorizado algunos elementos del discurso hegemónico de manera inconsciente; estos elementos solo requieren de una circunstancia determinada para aflorar. Ello entrará en pugna con las nuevas ideas que ha adquirido/construido. No obstante, la presión social terminará por inclinar la balanza; esta será la circunstancia que desencadenará aquellos principios propios de su clase social que han sido grabados. El final del cuento presenta una situación con condiciones propicias para la neutralización del discurso emergente que había sostenido a lo largo del relato.

Este fenómeno debe entenderse a la luz del contexto social en el que se enmarca. En “De color modesto”, se presenta una situación propia del cambio de paradigma al que se enfrenta del siglo XX, el arraigo de un discurso democrático, que propugna el establecimiento de relaciones igualitarias, que se opone a las prácticas racistas que habían dominado la escena cotidiana. Sin embargo, como se mencionó previamente, la emergencia

de este discurso no implicará la supresión del racismo. Lo que ocurre es que se produce una escisión en la práctica: “El discurso democrático circula más en el campo de lo público mientras que el racista se reproduce más en el campo de lo privado, en la intimidad de la familia o del grupo de amigos” (Portocarrero 2001: 77). Esta persistencia oculta de prácticas racistas producirá una fisura, que permitirá que, en determinadas circunstancias, el discurso racista emerja en el espacio público.

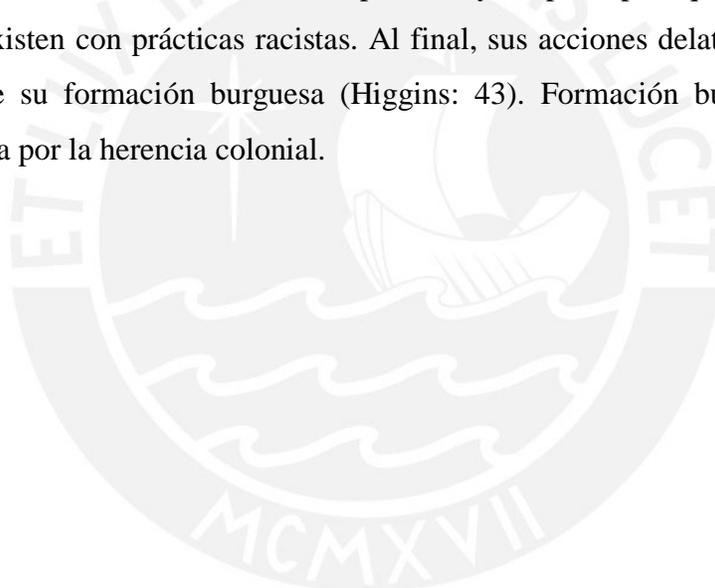
Este complejo proceso en el que dos discursos contradictorios coexisten y entran en conflicto es representado a lo largo de este cuento a través del personaje principal. Alfredo plantea un discurso democrático y, de este modo, encarna un pensamiento emergente, que pretende ignorar la existencia de identificaciones étnicas. Es importante anotar que, de haber salido victorioso de la prueba, su actitud habría constituido una forma de negación de la herencia colonial. Sin embargo, al final del relato, este discurso no llega a la práctica. El aislamiento al que se enfrenta – puesto que nadie se une a su discurso o no creen que este sea genuino – juega en contra del personaje, cuyo liberalismo es aún muy frágil. Sin embargo, el abandono de la negra no solo demuestra la debilidad de su liberalismo, sino que evidencia la presencia de un núcleo racista, propio de la clase en la que se ha constituido. En ese sentido, pese a las ideas que Alfredo pueda tener y de la propuesta liberal que quiera plantear, es un individuo que se ha constituido en un entorno particular y, de esta manera, se explica que reproduzca las prácticas y relaciones de poder que caracterizan a este último.

De esta manera, el desenlace del cuento revelará la permanencia de la herencia colonial, que si bien se vio amenazada por el comportamiento del protagonista, termina por reafirmarse como parte del carácter de la sociedad peruana, que se mantiene estructurada en jerarquías que se basan en la raza. Este deseo por preservar esta división implicará una condena al discurso del mestizaje, puesto que – el último – constituiría una amenaza al orden establecido.

En el cuento, la cancelación del discurso del mestizaje se representa a través de la forma en que el entorno reacciona ante la interacción entre Alfredo y la negra. En este cuento, se

retrata el carácter de una sociedad en la que no se pueden establecer relaciones igualitarias entre personas de distintas razas. Ello es revelado no solo a través de la decisión final de Alfredo, sino mediante la actitud demostrada por aquellos que los rodean. Desde eventos como la expulsión de la fiesta hasta la detención de la policía, se manifiesta la contrariedad de todos ante la presencia de esta pareja que está subvirtiendo el orden establecido. De esta manera, Ribeyro pone en evidencia el carácter de una sociedad en la que no solo es imposible de concebirse como una comunidad de iguales, sino que condena a aquellos que pretenden hacerlo.

Los diversos conflictos presentados evidencian la coexistencia y pugna que se da al interior del protagonista. Por un lado, se perfila como un disidente, que no encaja en los moldes de la clase en la que se mueve. Por otro lado, la posición y los principios que lo caracterizaron en un inicio coexisten con prácticas racistas. Al final, sus acciones delatan su incapacidad para liberarse de su formación burguesa (Higgins: 43). Formación burguesa que, cabe anotar, está teñida por la herencia colonial.



Tercera parte: “Alienación”

“Alienación” narra la historia de Roberto López, un joven que, “A pesar de ser zambo y llamarse López, quería parecerse cada vez menos a un zaguero de Alianza Lima y cada vez más a un rubio de Filadelfia” (Ribeyro 2005: 73). A lo largo del cuento, el lector será testigo de la transformación gradual de López, quien obrará de diversas maneras para poder alcanzar su objetivo. Para ello, no bastará con una transformación física (que apela a los caracteres raciales); el protagonista no se limitará a cambiar su color de pelo, ocultar el matiz de su piel o utilizar otra clase de vestimenta. Dicha metamorfosis, también, abarcará otros ámbitos, por lo que López buscará frecuentar lugares concurridos por “gringos” para codearse con ellos y, así, poder adoptar sus costumbres, actitudes, etc. Una vez conseguido esto, el siguiente paso será aprender inglés. López se matriculará en el Instituto Peruano-Norteamericano, donde conocerá a José María Cabanillas, un joven que, al igual que él, tenía una “ciega admiración” por los gringos y “había empezado a estrangular al zambo que había en él con resultados realmente vistosos” (Ribeyro 2005: 81). Este dúo construirá su propio refugio, en el que interpolarán lo extranjero en lo nativo y construirán sus sueños en torno a ese gran “país-continente” llamado Estados Unidos. Conforme la metamorfosis va evolucionando, las críticas del entorno se irán incrementando. Finalmente, el rechazo y las burlas terminarán por inclinar la balanza y la pareja de amigos decidirá irse al país de sus sueños. Sin embargo, tras unos meses en Estados Unidos, se verán amenazados con la deportación. Ello los llevará a tomar la última salida: ir a combatir en la guerra de Corea⁸. Esta se presentará como la solución frente a la expulsión y la posibilidad de alcanzar la meta anhelada: “El que quisiera ir a pelar un año allí tenía todo garantizado a su regreso: nacionalidad, trabajo, seguro social, integración, medallas” (Ribeyro 2005: 84). Este último intento de López por alcanzar su sueño es el que lo llevará a la muerte. El narrador comenta: “José María se salvó por milagro y enseñaba con orgullo el muñón de su brazo derecho cuando regresó a Lima, meses después... Bobby no sufrió, dijo José María, la primera ráfaga le voló el casco y su cabeza fue a caer en una acequia con todo el pelo pintado revuelto hacia abajo” (Ribeyro 2005: 84).

⁸ Puesto que el Estado americano había prometido dar el estatus de legales a aquellos inmigrantes que iban a combatir en esta guerra.

De este modo, se llega al final de la lucha de López, quien, mediante un pretendido “blanqueamiento” – que se constituía como una transgresión del orden social – aspiró con ascender en una sociedad estructurada jerárquicamente. A lo largo del cuento, el lector será protagonista no solo de los diversos intentos de Bob López por “deszambarse” y “americanizarse”, sino de sus consecuentes fracasos. En relación a ello, resalta la forma en que el racismo gesta las identidades y, de ese modo, determina la manera en que se establecen las relaciones entre los personajes.

En “Alienación”, a través de la caracterización de los personajes y cómo estos se relacionan, se manifiesta el carácter colonial de esta sociedad que rechaza una mentalidad como la de López – quien pretende ascender socialmente –. A lo largo de la narración, se observa que, para la opinión pública, actitudes como estas “desarreglan” y ponen en cuestión las bases sobre las que se soporta el patrón de poder. Esto último devela el carácter de una colectividad que espera la conservación de las estructuras jerárquicas y, por ello, condena cualquier posibilidad de movilidad social.

Para el estudio de este cuento, primero, me centraré en la voz del narrador. Este personaje cumple un rol importante a lo largo del relato, puesto que, a través de la perspectiva desde la cual narra los acontecimientos, se puede apreciar no solo la caracterización de los personajes sino un juicio de valor sobre sus comportamientos y sus acciones. Ello se debe a que el narrador se erige como representación de una colectividad: el grupo de blanquiñosos que jugaba a la pelota en la plaza Bolognesi. En esa medida, los comentarios que hace acerca de los personajes son manifestaciones del pensamiento de la clase burguesa. Luego, pasaré a analizar la forma en que se establecen las relaciones de poder entre los personajes. Para ello, dispondré de conceptos como “colonialidad del poder” y cómo actúa el mecanismo de discriminación postulado por Nugent, el “+1,-1”. De esta manera, podré profundizar en los personajes de López y Queca, así como la forma en que ellos interactúan con su entorno. Finalmente, habría que anotar que, para este análisis, también se tomará en cuenta cuál es la respuesta de la sociedad ante las acciones de López y Queca. Visto esto, pasaré al primer punto.

En el marco de este cuento, la voz del narrador es bastante reveladora, puesto que la perspectiva desde la cual este enuncia refleja el pensamiento de una colectividad. Esta

colectividad, como se mencionó previamente, es la del grupo de blanquiñosos que jugaba a la pelota en la plaza Bolognesi. El narrador se presentará como parte de esta colectividad mediante la alusión a un “nosotros”. En relación a este punto, habría que anotar el carácter universal de este “nosotros”, “que va a definir la normalidad a lo largo del relato” (Nugent Apología 191). Sin embargo, el punto a resaltar es que, esta voz – el punto de vista del narrador –, lejos de encarnar al colectivo nacional, está marcado por un pensamiento propio de la clase a la que pertenece – una clase burguesa – y, en esa medida, refleja los prejuicios propios de esta última. El narrador, entonces, no se limitará a relatar los acontecimientos; también, comentará y dará algunos juicios de valor sobre las actitudes de sus personajes. De este modo, a través de él, se pueden reconocer discursos y prácticas que son los que estructuran las relaciones de poder que se dan al interior de la sociedad. Ejemplo de ello es la forma en que esta voz describe a los diversos personajes, a partir de la cual se revelará la ideología propia de una élite cuyo fin es clasificar a los individuos y distinguirlos a través de determinados signos sociales. En ese sentido, “El orden en la presentación de las características del personaje indica que para el PVN⁹ se trata ante todo de definir una pertenencia corporativa de la que naturalmente debe destilarse un destino para cada uno” (Nugent Apología 191). Ello develará la existencia de la colonialidad del poder, que tiñe la estructura social de manera que los individuos se definan no solo a partir de una base racial, sino de una base socioeconómica. A continuación, se presentarán algunos casos que permitan ilustrar esta dinámica. Comenzaré con la caracterización del protagonista.

Roberto López, quien más adelante será conocido como “Boby”, es un “zambo”, hijo de una lavandera, que – en palabras del narrador – “*a pesar de* estudiar en un colegio fiscal y de no vivir en el chalet sino en el último callejón que quedaba en el barrio” (73, las cursivas son mías), también iba a la plaza Bolognesi. A partir de esto, destacan dos puntos a comentar. En primer lugar, se evidencia cómo aspectos como colegio, lugar de residencia y ocupación de la familia se están utilizando para poder definir la identidad de los sujetos y, de este modo, determinar cuál es la posición que se les asignará en la escala social. Dentro de este marco, lo resaltante es cómo, en la caracterización de López, lo racial no será lo primero a dar a conocer. Para soportar esta clasificación jerárquica, más importante será precisar el oficio de su madre, que será acompañado por el tipo de colegio y características

⁹ Siglas que refieren al “punto de vista del narrador”.

de su casa” (Ribeyro 2005: 191). De este modo, se puede notar la existencia de determinados rasgos que actúan como parámetros que constituirán la base de un tipo de discriminación: el “+1,-1”. Este mecanismo de discriminación establece comparaciones que permitan ubicar al individuo en una posición social determinada. En esa medida, la inferioridad de López no solo se sustenta en su color de piel, sino en la ausencia de determinados signos –que se comentarán más adelante –. En segundo lugar, se debe resaltar la mención de ese “a pesar”, que destaca el hecho de que existe una diferencia entre López y el círculo social al que pertenece el narrador. Si bien se plantea que frecuentan los mismos lugares, ello no quiere decir que estén a un mismo nivel; y ello es lo que se busca reafirmar. La necesidad de establecer una diferenciación entre los distintos miembros de la sociedad es lo que ha llevado a que las referencias sobre los personajes presenten un listado tan completo sobre sus características. Ello se podrá observar en la descripción de otros personajes del relato – como Queca, Chalo Sander, Billy Mulligan y José María Cabanillas – quienes también serán inscritos en un marco en el que la presencia de ciertos signos son los que asignan la posición del individuo en la escala social. En estas caracterizaciones, el punto a resaltar es que se apela a los mismos patrones de clasificación. A continuación, desarrollaré este tema enfocándome en el personaje de Queca.

Queca será presentada como una joven de ensueño, de tez capulí, ojos verdes, melena castaña e “invencibles piernas”. Sin embargo, antes de este esbozo de sus atributos físicos, el narrador menciona que ella “no estudiaba con las monjas alemanas del Santa Úrsula, ni con las norteamericanas del Villa María, sino con las españolas de la Reparación” (Ribeyro 2005: 74). Asimismo, añade que su padre era un “empleadito que iba a trabajar en ómnibus” y que su casa tenía solo un piso en el que había geranios y no rosas (Ribeyro 2005: 74). Antes de pasar al siguiente punto, es importante resaltar que, después de mencionar el colegio al que iba, la ocupación de su padre y el aspecto de su residencia, el narrador añade: “pero esto nos tenía sin cuidado” (Ribeyro 2005: 74). Esta referencia es importante, puesto que, a través de ella, se hace explícito que si bien la posición social que ocupa la joven no es tan baja como la de López, tampoco pertenece a la élite.

Respecto a este detallado listado de las características de la joven, es importante acotar el paralelo que se establece en relación a aquel trazado – por el narrador – para la presentación

del protagonista. Para la presentación de López, se apela a los mismos signos que para la caracterización de Queca. Respecto a ello, habría que anotar que, en personajes con un papel más secundario – como Chalo Sander, Billy Mulligan o José María Cabanillas –, la caracterización no será tan minuciosa; sin embargo, igual, se recurrirá a determinados signos que aludan a su estatus social. Por ejemplo, sobre Chalo Sander, se menciona que era el chico de la banda con el cutis más sonrosado y que asistía a un colegio de curas norteamericanos (Ribeyro 2005: 75); en relación a Mulligan, se indica que “era pecoso, pelirrojo y usaba camisas floreadas, tenía los pies enormes, reía con estridencia, el sol en lugar de dorarlo lo despellejaba, pero venía a ver a Queca en su carro y no en el de su papá” (Ribeyro 2005: 76). Finalmente, sobre José María Cabanillas, se acotará que era hijo de un sastre de Surquillo (Ribeyro 2005: 81).

A través de estas anotaciones, se observa que las descripciones de estos personajes son la base sobre la cual se definirá su identidad. Estas definiciones siempre serán relaciones y se presentarán en términos de comparación (Nugent 1995: 193). En ese sentido, si bien la posición social del individuo se basa en la posesión o carencia de determinados signos, esta se reafirmará en relación a los que lo rodean. De esta manera, es posible establecer una distinción entre los individuos. Este mecanismo que permite clasificar a los personajes en la escala social devela la estructuración propia del “+1,-1”, propuesta por Nugent. Como se mencionó previamente, esta forma de discriminación apelará a determinados signos que permitirán identificar el nivel socioeconómico del sujeto. En esa medida, el elemento racial, será importante, mas no el único parámetro de clasificación social.

Esto se ve, en este cuento, en la medida en que las referencias realizadas por el narrador acerca de los personajes – la mención del colegio del que provienen, la ocupación laboral del jefe de hogar y el lugar de residencia – actuarán como signos necesarios para que estos sean definidos. En el caso de Queca, por ejemplo, el asistir a un colegio privado la posiciona en un nivel superior al de López – un +1 –, que estudia en un colegio fiscal. No obstante, debido a que se trata de “La Reparación” y no de otro centro de estudios con un estatus más alto, se posicionará en un nivel inferior al del narrador y sus compañeros – es decir, en relación a ellos, Queca está en un -1 –.

Esto develará el cambio de paradigma en el patrón de poder, en el que el color de piel se convertirá en solo uno de los criterios que permiten asignarle un rol social al individuo, y da paso a una “estructuración social [que] se define tanto por lo económico como por lo étnico-racial” (Walsh 2010: 120). En respuesta a ello, los mecanismos de discriminación encontrarán una base en nuevos parámetros: tomarán en cuenta elementos “no-criollos” para así poder definir al individuo y distinguirlo de los demás. De esta manera, elementos como la ropa, la forma de caminar o la forma de hablar se convertirán en signos que permitirán que un individuo se distinga de otro y pueda establecerse en un nivel superior o en uno inferior. Este último punto es realmente significativo, puesto que refleja un afán por diferenciarse, por definirse en contraposición al otro. Esto ocurre el “+1,-1”, que se ejerce como un sistema de comparaciones que permiten clasificar a los individuos. Ello, además, demostrará el carácter de una sociedad que se ha estructurado a partir de jerarquías fijas que rigen las relaciones entre los individuos.

Esta dinámica se ilustra en el cuento a través del personaje de Queca. Llegado a este punto, es preciso resaltar que este es un personaje importante, puesto que su acción dará un giro en la vida del protagonista y determinará los subsiguientes acontecimientos. Esto ocurrirá el día en que, cuando López estaba a punto de devolverle la pelota extraviada a Queca, esta le dice: «Yo no juego con zambos» (Ribeyro 2005: 75). El narrador enfatizará cómo “Roberto no olvidó nunca la frase que pronunció Queca al alejarse a la carrera... Estas cinco palabras decidieron su vida” (Ribeyro 2005: 75).

Sin embargo, hay que recalcar que más importante que las palabras, son las acciones de esta joven. Como menciona Nugent, Queca demuestra “un estilo clasificatorio, típicamente jerárquico, de llegar a las definiciones por medio de las comparaciones” (Apología 193). Ello se puede ver a partir de la selección de su círculo social.

El narrador comenta cómo, después de experimentar el fuerte rechazo de Queca, “... Roberto vio algo más: que Queca tendía a descartar de su atención a los más trigueños, a través de sucesivas comparaciones” (Ribeyro 2005: 75). Es mediante este sistema discriminatorio que va seleccionando y dejando de lado a sus pretendientes. Finalmente, elige a Chalo Sander, que – como se mencionó previamente – era el chico de la banda que tenía el pelo más claro, el cutis sonrosado y venía de un colegio norteamericano.

La caracterización de Chalo Sander deja entrever cuáles son los atributos valorados por Queca, que, además, son los que lo posicionan en un estrato social elevado. De esta manera, se resalta el hecho de que no basta con la posesión de determinados rasgos físicos; estos deben ir acompañados de otros signos, signos que posicionen al individuo en un estatus socio-económico alto.

No obstante, con el transcurso del tiempo, ni siquiera Chalo Sander podrá satisfacer a Queca, quien encuentra al ideal en Billy Mulligan. López será el primero en notar cómo “Chalo había sido sólo un episodio en la vida de Queca, una especie de ensayo general que la preparó para la llegada del original, del cual Chalo había sido la copia: Billy Mulligan, hijo de un funcionario del consulado de Estados Unidos” (Ribeyro 2005: 265).

La importancia del desplazamiento de Chalo a Billy es que deja entrever la reproducción del “+1,-1”, que – como se ha visto – es un mecanismo de discriminación característico de la sociedad limeña. Queca se sirve de esta fórmula como un modelo de segregación que le permitirá comparar a estos jóvenes y, así, determinar cuál es “mejor”. Para esta clasificación, la posesión de signos que apelan al color de piel y a la pertenencia a un estrato económico elevado serán los que definirán al individuo y permitirán que asuma un lugar en la escala social. Mediante estos criterios, Queca irá clasificando a los dos jóvenes y, de este modo, decidirá a quién escoger.

Los comentarios del narrador sobre Billy Mulligan darán cuenta de cuáles fueron los elementos que inclinaron la balanza. En primer lugar, destaca el cargo de su padre, que era funcionario del consulado de Estados Unidos¹⁰. En segundo lugar, se esboza el aspecto racial: Billy Mulligan no tiene el cutis sonrosado como el de Chalo Sander; su piel no se doraba, sino se despellejaba. De este modo, se resalta la blancura de la piel de Billy que, hay que anotar, “sobrepasa” a la de Chalo. Finalmente, se hace una enumeración de algunos objetos personales que permitirán posicionarlo en un estrato socioeconómico elevado: el narrador indica que Billy Mulligan iba siempre a buscar a Queca con sus raquetas de tenis, sus anteojos ahumados, sus cámaras de foto, etc. (Ribeyro 2005: 76). Ello permite observar

¹⁰ Esto nos remite a un aspecto mencionado previamente: cómo la condición laboral tiene un papel importante en la definición de los individuos. Ello, además, corrobora el cambio en el patrón de poder, que presenta un rasgo de colonialidad, en la medida en la que ha unido los criterios raciales con los mecanismos de control del trabajo.

cómo la valía del individuo también se determina a través de la ostentación de ciertos signos materiales. Estos últimos serán los que posicionan a Billy por encima de Chalo. El carácter material de esta superioridad se evidenciará cuando el narrador acota que Billy iba a ver a Queca “en su carro y *no en el de su papá*” (Ribeyro 2005: 76, las cursivas son mías). Ese “y no en el de su papá” es realmente importante, puesto que alude directamente a Chalo, quien manejaba un carro, pero no uno propio.

De este modo, se evidencia la importancia de la definición social: la necesidad que existe al interior de la sociedad por clasificar a los individuos y posicionarlos en la escala social. Para que esta forma de definición del individuo funcione, se debe recurrir a la comparación entre este y aquellos que lo rodean. En ese sentido, las identidades de cada uno de los personajes estarán sujetas al entorno en el que están y es este el que permitirá que se posicionen en un nivel social determinado. En el caso de Queca, se observa cómo se sirve de un “+1, -1” para comparar a los jóvenes que la rodean y, así, determinar cuál será el elegido. En relación a ello, el punto a resaltar es que la existencia de estos criterios de clasificación demostrará la subsistencia de la colonialidad del poder, que ha aunado elementos raciales con rasgos socioeconómicos para establecer cuál es el “mejor”.

En relación a la estructura narrativa, el comportamiento de Queca es clave, puesto que es a través de este que se constituye el conflicto del relato. La forma en que esta joven actúa tendrá un impacto directo en el protagonista. Cuando López nota que Chalo ha sido desplazado por Mulligan, obtendrá lo que el narrador llama – no sin cierta ironía – “una enseñanza veraz y tajante: o Mulligan o nada” (Ribeyro 2005: 266). Es a partir de este hecho que el protagonista se da cuenta de que para “triunfar en una ciudad colonial más valía saltar las etapas intermediarias y ser antes que un blanquito de acá un gringo de allá” (Ribeyro 2005: 262), lo cual lo llevará a tomar la decisión de “deslopizarse” e iniciar un proceso de “americanización”. Ello constituirá una destrucción de su identidad a partir de la cual “[t]uvo que empezar por matar al peruano que había en él y por coger algo de cada gringo que conoció” (Ribeyro 2005: 73).

Este proceso de transformación pasará por diversas etapas y constituirá el eje del relato. A lo largo del cuento, el lector será testigo de los múltiples mecanismos a partir de los cuales el protagonista pretende reconstruir su identidad.

Para empezar, tomará medidas vinculadas al cambio de su aspecto físico. Para ello, se teñirá el pelo con agua oxigenada, se lo planchará y urdirá distintas estrategias para blanquear su color de piel, etc. Sin embargo, la metamorfosis no puede reducirse al ocultamiento de determinados rasgos raciales, puesto que, como señala el narrador, “un zambo teñido y empolvado sigue siendo un zambo” (Ribeyro 2005: 77). Para que la transformación sea real, López también debe “saber cómo se vestían, qué decían, cómo caminaban, lo que pensaban, quiénes eran en definitiva los gringos” (Ribeyro 2005: 77). Para ello, optará por frecuentar los lugares concurridos por los gringos. “Esta etapa de su plan le fue preciosa. Por lo pronto, confirmó que los gringos se distinguían por una manera especial de vestir que él calificó, a su manera, de deportiva, confortable y poco convencional. Fue por ello uno de los primeros en descubrir las ventajas del blue-jeans [...], la comodidad de los zapatos de lona blanca y suela de jebe, el encanto colegial que daban las gorritas de lona con visera, la frescura de las camisas de manga corta a flores o anchas rayas verticales, la variedad de casacas de nylon cerradas sobre el pecho [...]” (Ribeyro 2005: 78).

De esta manera, se reafirma que la identidad del individuo no solo está constituida por el aspecto racial, sino que precisa de otros rasgos. Ello se refleja en el hecho de que López, para su transformación, deba adoptar signos como la ropa, la forma de moverse y la forma de actuar para acercarse a la imagen de un gringo. Esta constitución de las identidades responde directamente al patrón de poder del mundo moderno, compuesta por un elemento de colonialidad, que ha imbricado raza con clase social. Esto último, se desarrollará a profundidad más adelante.

Llegado a este punto, es preciso abordar un tema más en relación a la transformación del protagonista. Como se ha visto, esta inicia en el momento en el que López sufre el rechazo directo de Queca. Lo que se debe resaltar es que dicho rechazo se erige desde una ideología que apela a la condición racial y social del individuo para discriminarlo. A partir de la respuesta de Queca, López se dará cuenta de que, si quiere “triunfar” en una sociedad como

en la que se encuentra – una sociedad que está sesgada por el patrón de la colonialidad –, debe salir del estatus que está ocupando. En esa medida, el objetivo queda claro: López busca ascender socialmente, y esto lo hará a través de la “americanización”.

En este punto, se puede vislumbrar un paralelo entre López y Queca: su deseo por salir del rol que tienen asignado en la escala social; es decir, ascender socialmente. Ambos personajes enfrentarán el *status quo* para posicionarse en un nivel superior, lo cual puede analizarse en términos de arribismo.

El arribismo está definido como el comportamiento de una persona que busca progresar por medios rápidos y sin escrúpulos. Sin embargo, en la práctica, es un fenómeno más complejo. Para empezar, un punto a resaltar es que este se puede manifestar de diversas formas. El arribista se define como aquel que recurre a medios como el “sobe” para ganar favores de un individuo que está posicionado en un nivel superior. No obstante, también, se denomina “arribistas” a aquellos que actúan motivados por el objetivo de alcanzar una posición más acomodada. La problemática radica en que esta clase de conducta, en una sociedad en la que la estructura estamental aún se mantiene, “las posibilidades de éxito social son extremadamente reducidas y es muy alta la competencia por el acceso a posiciones de prestigio, riqueza y poder concebidos como bienes supremos” (Delgado 1967: 19). Ello conlleva a que el arribista deba tomar medidas que, muchas veces, actúan en menoscabo de otro individuo o grupo social. No obstante, no hay que olvidar que esta clase de comportamiento, al fin y al cabo, obedece a imperativos de carácter social, que son generados por la propia estructura de la sociedad peruana (Delgado 1967: 19). Esto se manifiesta en “Alienación”, en donde podemos enmarcar el comportamiento de los personajes como producto de la forma en que se establecen las relaciones de poder. Sin embargo, esta conducta se presentará de formas distintas en López y en Queca.

López se presentaría como un arribista, en la medida en la que recurre a diversas medidas en aras de un ascenso social. Su transformación física y la adopción de nuevas actitudes apuntan a ello: alejarse de la condición marginal en la que se encuentra. Si bien Queca también busca posicionarse en un nivel superior, actuará de una manera distinta. Ella busca salir de su estatus social – u ocultar el que su posición no es la más elevada – estableciendo relaciones con individuos de estratos superiores. Es decir, será mediante la asociación con

miembros de la élite que Queca encontrará una forma de ascender en la escala de poder. El comportamiento segregatorio que le permite a esta joven reducir su círculo social y, asimismo, salir con Mulligan serán rasgos que manifestarán este deseo por ascender en la escala jerárquica. Cabe recalcar que, en este caso, no se trata exclusivamente de un arribismo económico, puesto que el factor económico está imbricado con el estatus social. Como se vio a través de la sustitución de Chalo Sander por Billy Mulligan, en su búsqueda por el ascenso, ella privilegiará tanto el aspecto racial como la posición socioeconómica. Su matrimonio con Mulligan constituirá el triunfo del proyecto de esta joven.

Esto último marca otra distinción entre el arribismo de López y el de Queca. A diferencia del protagonista, la joven sí logrará ascender, al menos por un lapso de tiempo. El fracaso de López en su intento por posicionarse en un nivel social más elevado responde al carácter del sistema que rige las relaciones sociales. Este, como indica Delgado, está marcado por una fuerte rigidez en cuanto a los desplazamientos sociales, lo cual dificulta e impide formas fluidas de movilidad social. Consecuencia de ello es que el éxito social sólo pueda ser alcanzado por algunos individuos (Delgado 1967: 18). En relación a ello, un punto a resaltar es que lo último no supone que dicha movilidad social es bien vista por el entorno. Por el contrario, toda pretensión por ascender en la escala jerárquica será criticada y recibirá algún tipo de sanción. Ello se manifiesta claramente en “Alienación”. A lo largo del relato, se observará la existencia de un juicio crítico hacia aquellos que pretenden subvertir el orden social – López, Cabanillas y Queca –. Esto se puede ver tanto a partir del comportamiento y los comentarios del grupo de blanquiñosos y la opinión pública, en general, como a través de los juicios de valor que expone el mismo narrador.

La raíz de este rechazo social reside en que, en un sistema como el descrito, la movilidad social se observará como una amenaza para el orden establecido, que podría desestructurar la forma en que se han construido las relaciones de poder. Dentro de ese marco, el comportamiento de López y su amigo, Cabanillas, se constituirá como una transgresión que pone en riesgo la estructura social. La transformación de López, en primer lugar, implica un “desarreglo” de la estructura social, puesto que la construcción de esta nueva identidad no puede encasillarse en una categoría. El surgimiento de esta nueva identidad, caracterizada por su hibridez – puesto que es un “zambo”, pero ha ocultado algunos de sus rasgos y,

además, se viste ni actúa como “gringo” –, pone en cuestión la forma como se definen a los individuos. Ello genera un problema, puesto que a aquellas identidades indefinidas menoscaban el orden jerárquico, puesto que dificultan la asimilación del individuo hacia la escala social establecida. En segundo lugar, la problemática residiría en que el protagonista estaría asumiendo un rol distinto al que le corresponde. Es evidente que López, mediante diversas estrategias, busca convertirse en otro para así salir de la posición de inferioridad en la que se encuentra. Esta búsqueda de un ascenso social será la que despierte el rechazo de aquellos que lo rodean, puesto que desafía la escala que permite a la élite erigirse por encima de los demás.

A continuación, se analizará cómo se manifiesta este rechazo en el cuento. Antes de proseguir, es importante anotar que este no se concentrará en una clase social específica. La crítica frente al comportamiento de López y Cabanillas la expresarán diversos personajes, pertenecientes a diversos estratos sociales. Dentro de este marco, la voz del narrador es bastante significativa, puesto que de esta también aflorará cierto reproche hacia la actitud del protagonista y su amigo. De esta manera, se enfatizará el carácter transgresor del protagonista y cómo este despierta la crítica de la sociedad, en general.

Cuando López comienza el proceso de transformación, el narrador explicará cómo “[t]odo esto le trajo problemas. En el callejón, decía su madre cuando venía a casa, le habían quitado el saludo al pretencioso. Cuando más le hacían bromas o lo silbaban como a un marica” (Ribeyro 2005: 79). A ello, se suma la voz de Cahuide Morales, el dueño de la pastelería donde trabajaba López, a quien “[n]ada lo reventaba más que no ser lo que uno era” (Ribeyro 2005: 79). Este será uno de los personajes que establece una crítica directa hacia el comportamiento del protagonista. El fastidio que le genera el comportamiento de López irá *in crescendo*, hasta que, finalmente, lo lleva a tomar una decisión. Cahuide le hará un ultimátum a López, a partir del cual, o cambia su actitud o será despedido. Frente a ello, el protagonista optará por el segundo camino.

Sin embargo, ahí no terminan los críticos del “nuevo López”. El narrador señala: “Entre nosotros, el primero en ficharlo fue Peluca Rodríguez, quien había encargado un blue-jeans a un purser de la Braniff. Cuando le llegó se lo puso para lucirlo, salió a la plaza y se encontró de sopetón con Roberto que llevaba uno igual” (Ribeyro 2005: 79). En este caso,

se evidencia el fundamento de la crítica que proviene de la élite. La molestia que le genera a Rodríguez el intento de López por convertirse en otro reside en que ello amenaza su deseo por diferenciarse de aquellos que son inferiores a él. Al utilizar la misma ropa que él, López viola la distancia que hay entre los dos y busca establecer una similitud que, para Rodríguez, está más allá de lo permitido y, por ende, es equivalente a desarreglo social (Nugent 1995: 189). El rechazo que demuestra este personaje hacia el protagonista revela el carácter de una élite que funda su posición social a través de determinados elementos que permitan distinguirlos de los otros estratos.

Un punto a resaltar es que el revuelo causado por la transformación de López y Cabanillas no se reduce a un ámbito particular, a una clase social específica. El rechazo hacia el comportamiento de estos dos personajes se manifiesta en la sociedad, en general. Esto se debe a que “[e]n las sociedades jerarquizadas como la peruana, las fachadas se espera que guarden una relación de continuidad desde el nacimiento hasta la muerte” (Nugent 1995: 195). En ese sentido, se ve al sujeto como si estuviera compuesto por una especie de sustancia inmodificable y que es la que constituye a la persona como una entidad fija y “predestinada”. Dentro de este marco, actitudes como las de López y Cabanillas son vistas como un amenazante desmoronamiento del sistema clasificatorio jerárquico de las relaciones sociales (Nugent 1995: 207). La dupla de amigos se erige como la representación de una multitud de individuos que redefinen la estructura social, lo cual amplía las posibilidades de movilidad al interior de los diversos estratos de la sociedad. Esta posibilidad – la de una movilidad social – desestabilizaría el orden establecido y, por ende, genera el rechazo del entorno.

En el cuento, esto se evidencia cuando el narrador señala que “la ciudad no los tragaba¹¹, *desarreglaban todas las cosas*, ni parientes ni conocidos los podían pasar” (Ribeyro 2005: 81, las cursivas son mías). El hecho de que el rechazo provenga de diversos sectores de la sociedad demuestra la internalización de esta ideología que ha permeado los diversos estamentos. De esta manera, se devela el carácter de una sociedad marcada por la herencia colonial, en la que se pretende mantener un orden estamental y que, por ello, critica a aquellos que aspiran la subversión de dicho orden.

¹¹ El plural se refiere a Roberto López y José María Cabanillas.

Los múltiples fracasos del personaje corroborarán esta imposibilidad de movilidad social. Ello se vislumbra en cada una de las caídas del protagonista, quien se enfrentará a diversas clases de barreras en su búsqueda del ascenso. Un ejemplo de ello es el intento fallido de convertirse en *pursers*. Aspirando a viajar a Estados Unidos, López y Cabanillas deciden presentarse a una compañía de aviación como *pursers*. Sin embargo, pese a que ambos “Sabían más inglés que nadie, les encantaba servir, eran sacrificados e infatigables, ... *nadie los conocía, no tenían recomendaciones y era evidente, para los calificadores, que se trataba de mulatos talqueados. Fueron desaprobados*” (Ribeyro 2005: 82, las cursivas son mías). Aquí vemos dos puntos importantes. Primero, la idiosincrasia de una sociedad en la que, para acceder a ciertos ámbitos, se requieren contactos más que habilidades. No obstante, el punto más significativo es lo determinante que se vuelve la raza para el acceso o la restricción a ciertos ámbitos. El no tener contactos ni recomendaciones jugó en contra de estos dos personajes; sin embargo, el ser “mulatos talqueados” terminó de inclinar la balanza. A través de casos como este, se manifiesta el carácter estamental de una sociedad en la que está latente la colonialidad del poder.

Sin embargo, a pesar de las duras repercusiones que exclusiones de este tipo tienen sobre López y Cabanillas, no se rendirán. Al darse cuenta que la sociedad en la que viven no los acepta, decidirán irse a Estados Unidos, el país de los sueños. Es en este lugar donde López se aproxima “a la cita que había concertado desde que vino al mundo” (Ribeyro 2005: 84).

Lo que ocurre una vez que López y su compañero llegan a Estados Unidos es descrito por el narrador como un hecho inevitable: “Todo lo que se viene después es previsible y no hace falta mucha imaginación para completar esta parábola” (Ribeyro 2005: 83). Por una parte, la mención de la parábola hace explícito que, al final del cuento, habrá una moraleja o una enseñanza. Por otra parte, mediante esa referencia, el narrador indica que era de esperarse un final así. Para aquellos que, como Bobby, se atreven a subvertir el *status quo*, es previsible que tengan un triste final: “Bobby no sufrió, dijo José María, la primera ráfaga le voló el casco y su cabeza fue a caer en una acequia, con todo el pelo pintado revuelto hacia abajo. Él sólo perdió un brazo, pero estaba allí vivo, contando estas historias, bebiendo su cerveza helada, desempolvado ya y zambo como nunca, viviendo holgadamente de lo que le costó ser un mutilado” (Ribeyro 2005: 80).

A través de este desenlace, la sanción social llega a concretarse en un castigo: Cabanillas perderá su mano derecha; mientras que la alevosía de López lo llevará a la muerte. El estado final al que llegan estos dos personajes reafirma la existencia de una estructura social fija, en la que cada individuo tiene un lugar asignado. De este modo, queda establecida la imposibilidad de movilidad social. A partir del destino final de López y de Cabanillas, se manifiesta la moraleja del cuento, que devela que aquellos que se atreven a desafiar este orden recibirán una sanción. El arribismo de Queca no será una excepción a la regla. El colofón revela cuál cómo termina este personaje.

Queca después de casarse con Mulligan, se fue a vivir con él a Estados Unidos, donde, al inicio, “Pasaron unos meses de infinita felicidad, en esa linda casa con amplia calzada, verja jardín y todos los aparatos eléctricos inventados por la industria humana, una casa en suma como las que había en cien mil pueblos de ese país-continente” (Ribeyro 2005: 85).

Sin embargo, la felicidad no dura mucho. Con el paso del tiempo,

[...] a Billy le fue saliendo el irlandés que disimulaba su educación puritana, al mismo tiempo que los ojos de Queca se agrandaron y adquirieron una tristeza limeña. Billy fue llegando cada vez más tarde, se aficionó a las máquinas tragamonedas y a las carreras de autos... se enredó con una empleada de la fábrica, chocó dos veces el carro, su mirada se volvió fija y aguachenta y *terminó por darle de puñetazos a su mujer, a la linda, inolvidable Queca, en las madrugadas de los domingos, mientras sonreía estúpidamente y la llamaba chola de mierda.* (Ribeyro 2005: 85, las cursivas son mías)

De este modo, el colofón devela que no hay excepción a la regla. Al final del cuento, los personajes que pretendieron salir de su posición social – López, Cabanillas y Queca – reciben una sanción. La importancia de esta última parte es que diluye cualquier posibilidad de cambio. Si es que había alguna esperanza de relación armónica entre personas de identidades étnicas y estratos sociales distintos en el matrimonio entre Mulligan y Queca, el colofón termina por disolverla.

Para concluir, quisiera retomar algunas ideas. Para empezar, el hilo que atraviesa este cuento refleja el entramado de relaciones sociales inscritas en el marco de la

discriminación. El punto a tomar en cuenta es que esta no se reducirá al aspecto racial. La construcción de las identidades de los personajes se fundará tanto en la raza como en aspectos relacionados a la clase social. Ello se manifestará de diversas maneras. Un ejemplo de ello es que el intento de López por blanquearse no se reduce al cambio del color de su piel, también se basará elementos como la vestimenta o la adopción de determinadas actitudes propias de los “gringos”. El problema es que esta transformación tiene como finalidad ascender, salir del estrato social al cual pertenece. En esa medida, el protagonista se presenta como un elemento que desestructura las jerarquías sociales y, por ello, generará el rechazo de su entorno. En relación a ello, es importante anotar un aspecto paradójico. El que López despierte las críticas de la sociedad termina siendo irónico, puesto que él es un producto de esta sociedad. Esto se revela al inicio del relato, cuando el narrador señala que: “La vida se encargó de enseñarle que si quería triunfar en una ciudad colonial más valía saltar las etapas intermediarias y ser antes que un blanquito de acá un gringo de allá” (Ribeyro 2005: 73). De esta manera, se evidencia que las acciones de López surgen en respuesta al ámbito social en el que se encuentra. Sin embargo, lo que no notó el protagonista es que, mediante sus acciones, se estaba enfrentando a una estructura jerárquica que busca fijar las identidades de los individuos impidiendo cualquier tipo de movilidad. Su error, en ese sentido, fue pensar que podría desafiar dicho orden y que no habría consecuencias.

Conclusiones

A partir del análisis realizado en esta tesis – específicamente, el análisis de los personajes y las relaciones que estos entablan –, se evidencia el carácter fragmentario de una nación en la que las relaciones de poder impiden la construcción de intereses comunes que permitan el desarrollo de una comunidad de ciudadanos iguales. En estos cuentos, se puede apreciar que los personajes – que presentan comportamientos están sujetos a mandatos sociales – son incapaces de propugnar un discurso y prácticas que permitan la integración de las diversas clases sociales. Estos han internalizado y encarnado discursos que se fundamentan en la raza como una categoría que permite dar una valoración a los individuos y, de este modo, asignarles una posición y rol en la estructura social. Esta significación y sentido son propios del entorno en el que los personajes se gestan y en el que se desenvuelven. Además, alimenta las brechas sociales, en tanto los estratos exponen intereses divergentes. Esto último es resaltante, en la medida en que será uno de los factores que imposibilita la construcción de una comunidad. Esta problemática se manifiesta de maneras diferentes de acuerdo a cada cuento.

En “La piel de un indio no cuesta caro”, a través de la forma en que los personajes se relacionan con Pancho – el joven cuzqueño –, se devela la persistencia de un estereotipo creado en torno a la figura del indio. A partir del caso específico de Miguel, se aprecia cómo el pongaje – una institución de carácter colonial – se ha prolongado y adaptado al contexto actual. Si bien el comportamiento del protagonista difiere del de Dora y el presidente del club -- quienes subalternizan a Pancho sin mayor discreción – y aparenta un acercamiento horizontal hacia el joven, la tutela ejercida evidencia que el arquitecto se posiciona en un nivel jerárquico superior al de Pancho. A lo largo del cuento, es manifiesto que dicha diferenciación social se sustenta en la raza, que es la categoría que permite definir a los individuos y, de este modo, asignarles un rol y un posicionamiento en la sociedad.

Por su parte, en “De color modesto”, se presenta la persistencia de una herencia colonial que rige las relaciones sociales en los términos de la propuesta de Aníbal Quijano: la colonialidad del poder. Ello se manifiesta a través del personaje de la sirvienta, puesto que la identidad de esta se encuentra constituida no solo a partir de su raza, sino de su rol

laboral. De esta manera, se evidencia que la raza se ha aunado con el aspecto de clase social y, así, se ha construido una distribución racial del trabajo.

Llegado a este punto, se debería anotar algunos de los puntos de confluencia entre estos dos relatos. En primer lugar, se puede observar que, en un inicio, los protagonistas actúan en oposición a su clase social al establecer prácticas que no son acordes con los mandatos sociales propios de esta. Esta contraposición al discurso hegemónico es la que se ha analizado en términos de emergencia. No obstante, al final de estos relatos, los protagonistas no logran mantener el discurso emergente y ceden ante el discurso hegemónico. De este modo, reafirman su integración o pertenencia al discurso propio de la élite y, así, revelan que, al fin y al cabo, todos están sujetos a las creencias y prejuicios de su clase social.

Si bien Portocarrero explica que el individuo está escindido en dos – en la medida en que es producto de su sociedad pero, al mismo tiempo, no es una máquina o cuerpo instruido por una programación social (2001: 70) –, pareciera que Riberyo intentara desmentir este esquema al inclinarse por una de las variables del binomio. El mensaje que subyace a estos cuentos es el de un determinismo en base a clase, que propone que, finalmente, el sujeto está “programado” por su sociedad, más específicamente, por su clase. Los personajes de estos relatos actúan como “[...] individuos condicionados por su naturaleza; es decir, por principios y esencias inmodificables, independientes de cualquier actuación y comunes a un contingente poblacional. [El punto a resalta es que, dentro de este esquema, l]a desigualdad es razonada como un hecho irremediable, inscrito en la naturaleza” (Taller 1998: 71).

Esta naturaleza estaría construida culturalmente¹²; es decir, desde el entorno en el que se han gestado y desarrollado como individuos. En relación a ello, un punto a resaltar es que esta ideología no solo se presenta en las élites, sino que se ha generalizado atravesando los diversos estratos de la sociedad. A través de estos cuentos, se evidencia que el discurso hegemónico –que, en este caso, corresponde a la ideología de la clase burguesa– ha sido internalizado por los protagonistas y persiste, aunque estos no sean conscientes de ello. Por

¹² En este caso, estamos tomando como premisa que la cultura es, como indica Williams en *La política del modernismo*, no solo “todo un modo de vida” diferenciado, sino, más específicamente, las prácticas significantes y las producciones que constituyen a una sociedad –el lenguaje, las artes, las actividades intelectuales– y que, por ello, implican la existencia de una ideología que la caracterice (1997: 82).

eso, en determinadas circunstancias, dicha ideología puede aflorar, lo cual manifiesta las diversas formas de racismo. En el caso específico de Miguel y Alfredo, aquella posición inicial, teñida de cierto “progresismo liberal”¹³, es una fachada que, una vez que desaparece, deja entrever el residuo que ha dejado la clase social en la que está inmerso cada personaje.

Llegado a este punto, es importante enfatizar en la complejidad del proceso por el que han pasado los personajes de estos cuentos. No solo se trata, como se ha mencionado previamente, de la interiorización de un discurso que propugna el establecimiento de relaciones jerárquicas entre los individuos de acuerdo a su posición social. El punto a resaltar es que este posicionamiento se fundamenta en la raza como patrón de poder. La conservación de una estructura fija que se basa en criterios coloniales para establecer la ubicación y el rol social de los individuos devela el rezago de una ideología propia de la colonia, que es lo que se ha denominado “herencia colonial”. La paradoja reside en que ello ha logrado coexistir con el discurso democrático, establecido como ley pública.

Esta coexistencia entre dos discursos que se oponen el uno al otro se puede apreciar en ambos cuentos a través del comportamiento y el conflicto que sufren los protagonistas. Si bien ambos exponen un discurso emergente, que entra en tensión con el discurso propio de su clase social, este se verá neutralizado por el discurso y las prácticas racistas que predominan en el medio en el que se mueven. Al final de estos relatos, los protagonistas ceden ante el discurso hegemónico y se insertan – o reinsertan – en el esquema establecido, que se basa en el aspecto racial para posicionar de manera jerárquica a los sujetos en la estructura social.

No obstante, también, habría que resaltar la diferencia de las identidades de los protagonistas de estos dos cuentos. A pesar de que ambos manifiestan la coexistencia conflictiva de dos discursos que culmina con la supremacía del discurso hegemónico, el desplazamiento de un discurso a otro obedece a trasfondos distintos. En “De color modesto”, Alfredo erige un discurso emergente, que reniega de los principios propios de la clase social a la que el protagonista pertenece. Este se erige como una nueva propuesta a

¹³ Término que utiliza Williams en “La política del modernismo” para referirse a un comportamiento análogo a la caracterización de lo emergente (1997: 82).

través de la cual se podría establecer relaciones igualitarias entre individuos de clases sociales y de grupo étnicos distintos. Cabe anotar que este discurso llega a ponerse en práctica en el momento en el que el protagonista sale con la sirvienta negra. Sin embargo, el aislamiento de esta iniciativa y el rechazo del entorno, junto a la activa oposición de otros miembros de la sociedad, terminan por menoscabar la propuesta de Alfredo.

Por su parte, en el caso de “La piel de un indio no cuesta caro”, se aprecia que la incorporación del protagonista y su esposa al discurso hegemónico obedece a intereses que hemos definido como arribistas. En relación a ello, el punto a resaltar es que Miguel y Dora, desde el inicio, mantuvieron diversas prácticas propias de la élite en las que se develaba una jerarquización que se soportaba en la raza como elemento de poder. A diferencia de Alfredo, la pareja no propugnaba un nuevo discurso ni un nuevo estatuto de relaciones sociales.

El caso del cuento “Alienación” merece una mención aparte, puesto que, si bien, presenta las relaciones que se enmarcan en la problemática del racismo y que pueden ser analizadas desde la herencia colonial, se resaltan otros matices. A diferencia de los cuentos vistos previamente, el protagonista de “Alienación” no pertenece a la élite ni a la burguesía limeña. Sin embargo, es importante anotar que ha interiorizado el discurso propio de esta y, debido a ello, ha reestructurado su comportamiento y pretende reconstruir su identidad. Mediante este cambio, Bob López pretende ascender y acercarse a la élite. La paradoja reside en que esta clase de comportamiento – que se erige como una amenaza para el orden establecido – no solo no le permitirá dicho ascenso, sino que despertará un rechazo por parte de la sociedad.

La reacción de los personajes que interactúan con López y la voz del mismo narrador serán los que develan el carácter colonial de una sociedad que se aferra a las jerarquías sociales y construye las identidades de los individuos en base a la raza a la que pertenecen. El fracaso de López en su intento por ascender socialmente será la prueba de que el orden colonial ha logrado mantenerse y sigue rigiendo las relaciones sociales.

Para finalizar, sería importante establecer una similitud entre este relato y los dos mencionados previamente. Ello es posible si establecemos una comparación entre Miguel,

Alfredo y Billy Mulligan. Este último presenta un comportamiento equiparable al de estos dos personajes. Mulligan se casa con Queca y ello presenta – como se señaló en el tercer capítulo de la tesis – como viable el discurso del mestizaje y, con ello, la convivencia desjerarquizada entre miembros de razas distintas. No obstante, en el colofón, esta esperanza se pierde cuando somos testigos del triste final de Queca. El que Mulligan termine agrediendo física y verbalmente a su esposa devela la supervivencia – así como la violencia – de configuraciones de poder que se construyen y sostienen en la raza. Ello se manifiesta en el insulto que Mulligan le dirige a Queca. El llamarla “chola de mierda” apela al origen racial y social de la joven. De este modo, se manifiesta claramente que ese poder se fundamenta sobre la categoría racial en la que él, por ser blanco, se establece como superior. Al igual que en los otros cuentos, al final de “Alienación”, el lector es testigo de que los prejuicios raciales no han sido superados; solo habían permanecido ocultos.

A través de este análisis de la construcción de identidades y cómo se determinan las relaciones de poder entre los personajes de estos cuentos de Ribeyro, se puede apreciar que el proceso de democratización – que se manifiesta, por ejemplo, en el liberalismo que algunos personajes ostentan – no necesariamente elimina la ideología racista. La supervivencia de esta ideología que busca la conservación de una estructura fija en la que los individuos estén jerarquizados en estamentos inamovibles, que encuentran soporte en la categoría racial, devela la existencia de una herencia colonial que impide el establecimiento de intereses comunes en una nación fragmentada.

A partir de lo expuesto en los tres capítulos, se puede ver que en el Perú representado en los cuentos de Ribeyro no existen relaciones en las que los agentes se establezcan como iguales. Por el contrario, se aprecia que se establecen como relaciones de poder en las que uno siempre se encuentra en una posición privilegiada y otro en una posición subalterna. En el marco de las relaciones de los protagonistas de los cuentos elegidos, el racismo termina imponiéndose para revelar la imposibilidad de una comunidad de iguales y de una mayor movilidad social en el Perú contemporáneo.

Bibliografía consultada

Anderson, Benedict.

1993 *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F.: Ed: Fondo de Cultura Económica.

Anderson, Perry.

2010 “Algunas observaciones históricas sobre la hegemonía”. *Crítica y emancipación*, año 2, número 3, 219 – 242.

Arias, Julio y Eduardo Restrepo.

2010 “Historizando raza: propuestas conceptuales y metodológicas”. *Crítica y emancipación*, año 2, número 3, 5 – 64.

Bhabha, Homi.

2002 “La otra pregunta”, “Mimetismo y el hombre”. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Ed. Manatíal.

Balibar, Etienne.

2002 “Racismo y nacionalismo”. *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA, 63 – 109.

Cotler, Julio. Clases, Estado y nación. Lima: IEP, 2005.

2005 *Clases, Estado y nación*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Delgado, Carlos

1967 “La sociología del arribismo”. En *Amaru: Revista de Artes y Ciencias* 4(Oct.-Dic.): 18 - 23.

Elmore, Peter

2002 *El perfil de la palabra. La obra de Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Flores Galindo, Alberto

1994 *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*. Lima. Horizonte.

García Contto, Juan Carlos

1986 “Clasificación de personajes de 'La palabra del mudo'”. Memoria de Bachillerato. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Giordano, Verónica.

1996 “La resistencia simbólica en las haciendas peruanas de la sierra sur peruana”. *Cátedra*, 1 – 20. Consulta: 20 de mayo, 2011.

<<http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal/art/resistencia.pdf>>

Higgins, James

1991 *Cambio social y constantes humanas. La narrativa corta de Ribeyro*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Méndez, Cecilia

1993 *Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruano.

Moreno Casarrubios, Rafael

1986 “El desencanto en los cuentos de Julio Ramón Ribeyro”. Memoria de Bachillerato. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Nugent, Guillermo

1992 *El laberinto de la choledad*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.

1995 “Apología de Bob López”. En *Ius et veritas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

2010 *El orden tutelar: sobre las formas de autoridad en América Latina*. Lima: CLACSO.

Portocarrero, Gonzalo

1993 *Racismo y mestizaje*. Lima: SUR Casa de Estudios de Socialismo.

1995 “El fundamento invisible: función y lugar de las ideas racistas en la República Aristocrática”. En *Mundos interiores: Lima 1850 -1950*. Ed., Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero. Lima: Universidad del Pacífico.

2010 “Anexo: Neoliberalismo y democracia”. En *Modelos de identidad en el Perú y Bolivia*. Ed., Gonzalo Portocarrero. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Rulicki, Sergio

2007 *Comunicación no verbal. Cómo la inteligencia emocional se expresa a través de los gestos.* Buenos Aires: Ed. Granica.

Segato, Rita Laura

2010 “Los cauces profundos de la raza latinoamericana: una relectura del mestizaje”. En *Crítica y emancipación*, año 2, número 3 2010: 11 – 44.

Taller de Estudios de las Mentalidades Populares

1998 *Clases medias: entre la pretensión y la incertidumbre.* Ed. Gonzalo Portocarrero. Lima: SUR Casa de Estudios del Socialismo.

Quijano, Aníbal

2000 “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales.* Comp., Edgardo Lander. Buenos Aires: Ed. CLACSO.

Ribeyro, Julio Ramón

2002 “La piel de un indio no cuesta caro”, “De color modesto”, “Alienación”. En *La palabra del mudo:* Lima: Editorial Peisa.

Walsh, Catherine

2010 “‘Raza’, mestizaje y poder: horizontes coloniales pasados y presentes”. En *Crítica y emancipación*, año 2, número 3, 95 – 124.

Williams, Raymond

1981 *Sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.

1997 *La política del modernismo*. Buenos Aires: Manantial.

2009 *Marxismo y Literatura*. Buenos Aires: Editorial Las Cuarenta

Van Dijk, Teun A.

2010 “Análisis del discurso del racismo”. En *Crítica y emancipación*, año 2, número 3, 65 – 94.

